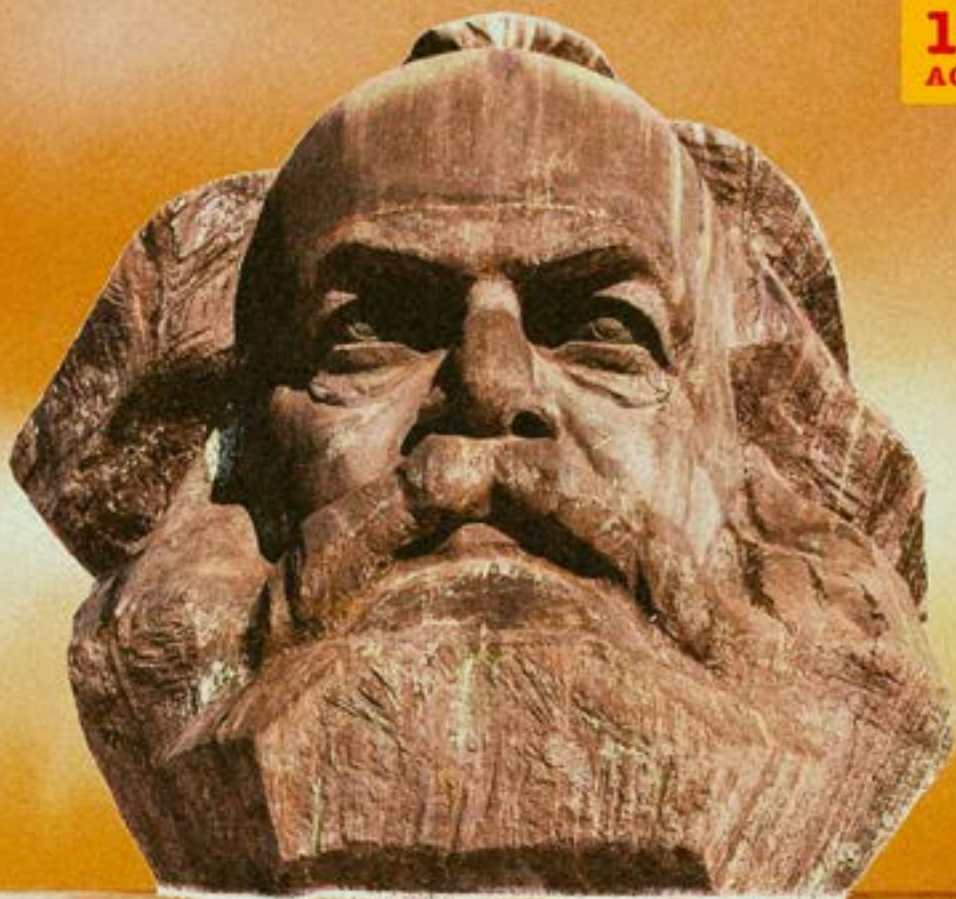


ISSN:1665-7241



**Q**

**193**  
AGO/20



www.laquincena.mx

\$50.00



# Por qué fracasan las izquierdas



## Q

**Director**  
Luis Lauro Garza

**Editora**  
Adriana Garza

**Arte y diseño**  
Martín Ábrego Parra

**Asesor de la dirección**  
Gilberto Trejo

**Comunicación e imagen**  
Irgla Guzmán

**Publicidad**  
Gerardo Martínez

**Relaciones públicas**  
Flaka Aguirre

**Fotografía**  
Rogelio (Foko) Ojeda  
Mayra González

**Cartones, cromos e ilustraciones**  
Salvador (Chava) González

**Asesor legal**  
Luis Frías Teneyuque

**Distribución**  
Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / agosto 2020  
Editor responsable: Luis Lauro Garza

Número de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor: 04-2003-0828156343200-102  
Número de certificado de Licitud de Título: 12926  
Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499  
Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de la Secretaría de Gobernación.

La Quincena es una publicación editada por Editorial La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey, Nuevo León, C.P. 64000, Tel. (81) 19352363.

Correo electrónico: laquincena@gmail.com  
Página web: www.laquincena.mx

Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey, Nuevo León.

Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.



### 3 Índice

**4 ¿Por qué fracasa la izquierda?**  
Samuel Schmidt

**8 La izquierda en el tiempo largo y el tiempo corto: una historia de éxitos, derrotas y fracasos**  
Joan del Alcàzar

**13 ¿Por qué fracasa la izquierda?**  
Mario Sznajder

**16 ¿Por qué la izquierda fracasa en el gobierno?**  
Diego Velázquez



**18 Cuídate, izquierda, de tu propia izquierda**  
Miguel Molina

**20 Por qué ha fracasado la izquierda**  
David Sarnow

**24 Las izquierdas en el poder: una reflexión**  
Andrés A. Fábregas Puig

**26 Sobre el fracaso de la izquierda**  
Xóchitl Patricia Campos López

**28 ¿Por qué cayó la izquierda en el mundo democrático occidental?**  
Alberto Spektorowski

**31 Por qué fracasan las izquierdas**  
Mario Rechy M.

**34 Izquierda y derecha en el capitalismo**  
Abraham Nuncio

**35 Dudosa colecta del Parque Fundidora**  
Lupita Rodríguez Martínez

**36 Reforma al sistema de pensiones**  
Rosa Esther Beltrán Enríquez

**37 Ciencia y criterio público**  
Edilberto Cervantes Galván

**38 El Hanna y el desastre de la corrupción**  
Horacio Flores  
**Vaticinio**  
Gerson Gómez



**39 Educación a distancia**  
Guillermo Berrones  
**En NL todo está permitido**  
Joaquín Hurtado

**40 Entrevista con Marisa García Padua**  
Eligio Coronado

**42 Parque Fundidora, ¿víctima de la pandemia o de malos manejos?**  
David Botello

**Diseño de portada:** Martín Ábrego Parra

\* Agradecemos a Samuel Schmidt su contribución como coeditor de este número de la revista, por conjuntar 10 valiosos textos sobre los fracasos y derroteros de las izquierdas, en latitudes y épocas diversas. Y ello es producto de la colaboración existente entre nuestras revistas: **El Reto y La Quincena.**



# ¿Por qué fracasa la izquierda?

Samuel Schmidt

**A**ustin.- ¿Fracasó la izquierda? ¿En qué momento fracasó? Si no fracasó, ¿cuál debe ser su éxito? La pregunta es provocadora porque sugiere que estamos frente a un fracaso evidente de la izquierda frente a lo que supuestamente es el fin de la revolución comunista: una sociedad sin clases y por lo tanto sin explotación y todo lo que deriva de ahí, por ejemplo, la no necesidad de un Estado que reprima. Pero es evidente por la propuesta lanzada desde mediados del siglo XX de que hemos llegado al fin de la ideología y solamente hay que pelear por elementos de intercambio, la que en sí es una propuesta ideológica.

¿Acaso juzgar el éxito o fracaso de la izquierda debe basarse en la consideración del alcance de alguna de las metas planteadas en la búsqueda de un nuevo ser humano? Si no se eliminaron las clases sociales, ¿deberá ser el alcance de niveles de vida igualitarios y de elevada calidad?

Si aplicamos nuestro análisis ahí a donde la izquierda gobernó y su eficacia en el logro de los grandes propósitos, cómo juzgar donde no ha gobernado, o donde lo ha hecho efímeramente, y aún en este caso, qué tipo de cambios realizó para determinar su éxito, o por lo menos congruencia. Se nos cruza en el análisis el hecho que la izquierda llega a ser derrotada por intervenciones externas, como la deposición violenta de Salvador Allende en Chile, o el bloqueo de Cuba y Venezuela.

¿Cómo debe ser un hombre/mujer de izquierda? ¿Qué valores, sueños, aspiraciones, conducta, debe tener? Circula en las redes información sobre la frugalidad y austeridad de los parlamentarios suecos o del ex presidente uruguayo José Mujica. ¿La austeridad debe ser una ca-

racterística del izquierdismo, o debe serlo cuidar los recursos de la nación? O debemos considerar a la frugalidad como señal de una sociedad que no le otorga a sus representantes privilegios, más allá de lo que les corresponde a los que sirven en la función pública, o como sugiere la derecha, los izquierdistas deben hacer votos de pobreza. Seguir esta línea de pensamiento acarrea el riesgo de perdersen en trivialidades y no reconocer el contenido más profundo de instalar una filosofía humanista y humanitaria, libertaria e igualitaria en el corazón de la sociedad, que lleve a estadios superiores de gobierno y convivencia societaria.

Puede haber elementos de la izquierda (que pueden ser compartidos por otras corrientes) que pueden indicar, en parte, el fracaso para gobernar y para cumplir con los ideales esperados, o por lo menos, derivados de la expectativa trazada por algunos de los teóricos izquierdistas del siglo XIX.

Resumo a continuación:

## Dogmatismo

La gran virtud de la izquierda de ser culta y sostener grandes debates teóricos, se convirtió en una de sus debilidades, porque se convirtió en la lucha, a veces encarnizada, por la verdad. Si el monoteísmo representó, según Kirsch, la muerte de los dioses por dios, la pugna teórica de la izquierda fue una guerra en ocasiones a muerte; los leninistas tenían más razón que los trotskistas y los stalinistas al apoderarse del Estado optaron por eliminar a sus oponentes teóricos; dentro de estas pugnas tal vez puede explicarse el insensato e inútil asesinato de Trotsky en México, pero también se explican las purgas y limpiezas que realizaron Stalin, Mao, Pol Pot, las que vergonzosamente alcanzan la estatura de genocidio y lo-

graron introducir el miedo como estilo e instrumento de gobierno y una sensación de resentimiento en una sociedad temerosa de ejercer su libertad.

La riqueza en el debate teórico se tradujo en faccionalismo y tribalismo. Hay quien sugiere que la pugna ideológica lanzó al Che Guevara a Bolivia, de cuya muerte se regocijaron los comunistas, que además al parecer fueron cómplices. La traición como método de ajuste teórico llevó a la izquierda a desbarrancarse en más de una ocasión.

En el debate interno la izquierda perdió la universalidad, ese valor que por sí mismo contradice al egoísmo individualista del capitalismo, al que debía derrotar. El colectivismo se convirtió en consigna, pero no representó la generación del nuevo hombre. La planeación aún en contra del individuo caminaba rumbo al fracaso, si acaso porque románticamente, el papel de la política es lograr la felicidad de las personas y el nuevo ser socialista sería antes que nada feliz, no alcohólico, como sucedió en las repúblicas soviéticas.

Es sintomático que a la caída del llamado *socialismo real*, las sociedades volvieron a sus facciones y hasta religiones; y en algunos casos, dieron lugar a limpiezas étnicas vergonzosas, como las de la guerra entre serbios y croatas; o a que en la ex Unión Soviética haya surgido una mafia cruel y sanguinaria, que utiliza el aparato del Estado para eliminar a sus críticos o competidores, como lo documenta el hijo del viejo líder comunista estadounidense Bill Browder y la epopeya para aprobar la Ley Magnitzky, en contra de los oligarcas rusos (*Red notice: a true story of high finance, murder, and one man's fight for justice*). En su debate hacia el exterior, el dogmatismo lleva a muchos izquierdistas a operar bajo con-



signa y sin originalidad.

*Inflexibilidad.* La izquierda se convirtió en una religión y como todas las religiones es inflexible, tal vez de ahí viene la consigna rebelde del 68 francés: *Ni dios, ni Marx*.

La palabra divina era de Marx, y sus apóstoles eran Lenin, Trotsky, Luxemburgo; entre sus exégetas encontramos a Mandel, Althusser, Zizek, Harvey, y hasta divulgadores que vulgarizaron la doctrina, como Harnecker; ¿acaso habremos de hablar de falsos evangelios? La lista es explicativa, me adelanto a la queja de muchos que opinan que sus “pensadores” o intérpretes de la verdad verdadera merecen aparecer y hasta estar arriba en la jerarquía; aquí no se hace el santoral de la izquierda, solamente se incluyen indicativamente algunos nombres; dejo para alguien más versado en el panteón del marxismo realizar su propio Talmud.

Los militantes eran los monjes que seguían al pie de la letra las enseñanzas, sin cuestionarlas. Como en todas las religiones había un componente de fe y los principios que no se cuestionan, de ahí se desprende la noción de disciplina que llegó a castigar con ejecución a los transgresores, como sucedió en varias guerrillas.

Esta concepción de mundo tuvo un contenido central en la forma como se veía a la realidad, a ese elemento que por definición divina y misión terrenal

había que transformar. Llegamos así a que se determinara que si la realidad no se ajustaba a mi corriente teórica, que se jodiera la realidad, que aquí estoy yo para cambiarla. Determinando la realidad de acuerdo a la teoría, facilitó que la izquierda generara su lecho de Proculus, desatándose una pugna por ver cuál teoría determinaba mejor a la realidad para modificarla, ya sea que se forzara la determinación del industrialismo, para ver si el proletariado industrial se volvía vanguardia, o si se aceptaba a Mao y se reconocía la condición semi feudal de las sociedades; de nuevo podemos recurrir al caso de la intervención del Che Guevara en Bolivia y su sueño de revolución continental, a menos que de esa manera se ilustrara su aparente rompimiento con Fidel Castro, el que ninguno de los dos confirmó y ya no están para hacerlo. Fue ilustrativo cuando en la UNAM se forzó el debate para definir a los académicos como proletarios intelectuales y formarles un sindicato y que la izquierda impusiera celebrar el 12 de diciembre como conquista laboral y asueto obligatorio, reforzando la noción del comunismo guadalupano. No hay razón para no ser sincrético.

## El poder corrompe

Se maneja desde la derecha que el poder corrompe y elevando la premisa determinan que el poder absoluto corrompe absolutamente; y de corrupción la dere-

cha sabe mucho. El principio puede aplicarse a las monarquías o a las dictaduras, donde el poder se acerca a lo absoluto, porque en realidad lo absoluto no existe, ya que aún en las dictaduras hay resquicios de resistencia, véanse por ejemplos los chistes políticos bajo el nazismo y el soviétismo; esto no le quita validez a la idea de que con frecuencia el poder corrompe. Luego entonces, la máxima difícilmente se puede aplicar a sistemas como el mexicano, donde solamente en la mente febril de la derecha existe la dictadura, aunque sí existe corrupción y mucha; y la izquierda no es inmune.

La pregunta sobre la corrupción de la izquierda es válida. Esto tiene varias aristas. ¿Acaso ser de izquierda implica sostener una ética y moral superior que pone al militante, de cualquier nivel, por encima de las mieles de la corrupción? ¿Acaso la izquierda se corrompió antes de llegar al poder? ¿Un izquierdista que trabaja para el partido, simultáneamente que lo hace para el gobierno, es corrupto? En el extremo consideremos a un izquierdista que sostiene políticas igualitarias y justicieras, ¿deja de ser izquierdista por ser corrupto, o deja de ser igualitarista y justiciero por ser corrupto? Hay casos extremos como el del Partido Socialista de los Trabajadores en México, que pagado por el gobierno actuaba a favor del gobierno. Aclaremos que el ponerse socialista en el título no lo hace a nadie ser de izquierda, como tampoco



lo hace añadirse el cardenista, que por cierto no fue de izquierda; por supuesto que podemos considerar al Partido de la Revolución Democrática, una suerte de coalición de grupos de izquierda con segmentos del Partido Revolucionario Institucional, que nunca gobernaron como izquierda, y que pactó con el gobierno neoliberal para realizar reformas que ampliaban la pobreza y aumentaban la concentración de la riqueza. Muchos dicen que la firma del pacto fue a cambio de un pago; otros dicen que a cambio de gracia fiscal. El poder corrompe y la corrupción derrota.

Otro acercamiento consiste en reconocer que la corrupción (en el sentido de arruinar ideas e ideales, principios y valores) en la izquierda posiblemente sucedió cuando llegó al poder y convirtió a la democracia en dictadura de una clase social con su oligarquía política, encargada de que nada se desviara de los planes establecidos verticalmente, en estricto apego a la "planeación democrática", llegando a constituirse en una clase social, de seguir la premisa de que el socialismo era una etapa para la destrucción de las clases sociales, ésta debía destruirse a sí misma, lo que representa una idea muy sugerente de harakiri anunciado, que por supuesto no sucedió, aunque ante la caída del llamado "socialismo real" (qué concepto tan burdo) se convirtieron en una mafia cruel y poderosa. Esto tal vez nos lleva a tratar de entender por qué los Estados socialistas/comunistas se convierten en Estados policíacos; tal vez el caso actual más elocuente sea Corea del Norte, donde conforman dictaduras brutales que eliminan disidentes en nombre de la fe verdadera. El concepto de democracia lleva implícito el de libertad y justicia, dos elementos que desaparecen muy rápido, cubiertos por el manto de la revolución; aunque para ser justos, otras revoluciones, no de izquierda, hacen exactamente lo mismo: ahí está la mexicana de 1910, donde los líderes y caudillos ejecutaban sin recato a los opositores.

#### Ignorancia

De la vieja izquierda que estudiaba, que era culta (por lo menos sus líderes), hemos pasado a la nueva izquierda, que es ignorante, inculta, que no lee y por lo tanto carece de contenidos y sostén teórico-ideológico por el que pelear; se reducen/contentan con luchar por las migajas o pedazos del gran pastel del poder y la política. En una charla con Andrés Manuel López Obrador, él decía que venía



de ver el avance del proyecto en Ciudad Juárez; le respondí que el proyecto de sus militantes en esa ciudad se reduce a que solamente buscaban una regiduría y los 33 mil pesos mensuales que la acompañan (asintió, reconociendo que ese es un problema). No es una cuestión exclusiva de esta "nuevísima izquierda", porque está asentado en la cultura política de ver a la política como un medio de empleo, subsistencia, o medio de enriquecimiento. Una izquierda chambista es una izquierda que no propiciará ni logrará ninguna transformación, ni radical ni moderada; para ellos, la mejor fórmula es el *gatopardismo*, a reformar todo para que no cambie nada, ya que ellos son los beneficiarios de ese no cambio. Amor Towles, en su novela sobre el inicio del gobierno bolchevique (*A gentleman in Moscow*) dice: "hemos llegado a tener más cerca nuestras queridas posesiones, más cerca de lo que tenemos a nuestros amigos"; parafraseando, diríamos: que hemos llegado a tener en mayor estima nuestras posesiones que nuestras ideas y principios. Viendo esta conformación no puedo menos que cuestionar si lo de hoy es izquierda o es otra cosa.

#### Prejuicios

La izquierda es prejuiciosa y cae en enormes ligerezas a la hora de escoger a los enemigos de sus amigos. Un caso interesante es el de la "nueva izquierda", que es abiertamente judeófoba, porque rechaza a Israel (el sionismo y los judíos), porque son aliados del imperialismo yanqui y enemigos de sus amigos los palestinos, incluidos los terroristas Hamas y Hezbolá, aliados de Irán, un país divinamente demócrata, que ha jurado destruir a Israel.

Con esta izquierda, el debate político o ideológico es muy difícil, porque recurren al adjetivo fácil y ligero y ni siquiera da lugar a la imaginación. Repiten como loro las viejas, caducas y obsoletas formas de agredir de grupos que dejaron de existir por su ineficacia política y porque su estilo nunca convenció a la gente, como los nazis y sus derivacio-

nes tropicalizadas, como los tacuaras en Argentina. Una discusión dispara la incontinencia verbal, donde se desata un enclenque retórica de odio, llevándolos a acercarse a la extrema derecha. En una charla con anarquistas en México, una mujer, madre de un aeropirata/terrorista, no dudo en decir que lástima que Hitler no terminó con los judíos. Hitler y esos anarquistas están muertos y los judíos tienen el mayor número porcentual de premios Nobel de acuerdo a su población.

Esa izquierda es desconfiada y paranoica y cree que está rodeada de enemigos que la han penetrado con el propósito de destruirla. Carece de sentido del humor; para ella, cuyo sostén ideológico es enclenque, por decir lo menos, aún las bromas inocentes son una muestra de transgresión ideológica. Para esto véase el maravilloso retrato que hizo Kundera en *La broma*, burlándose de estos personajes.

#### Influencia capitalista

Una de las explicaciones sobre la paulatina desaparición del Kibutz, ese experimento socialista israelí, creado por los sobrevivientes de la frustrada revolución rusa de 1905, es que cayó ante el embate del capitalismo que lo rodea, ya que el Kibutz llegó a ser una serie de islas rodeadas de capitalismo; y aunque su contribución económica, militar, artística y cultural para la sociedad israelí es innegable, poco a poco pasaron a convertirse en capitalistas colectivos y a zonas de habitación híbridas, donde queda algo de colectivismo. ¿Acaso es tan poderosa la noción de que en la vida hay que acumular bienes, o que te valoran según lo que tienes y no según lo que eres? Volvamos a la frase de Towles: "hemos llegado a tener más cerca nuestras queridas posesiones, más cerca de lo que tenemos a nuestros amigos". O como cínicamente decía un izquierdista mexicano: "Contra los ricos hasta alcanzarlos".

Es una falacia pensar que los izquierdistas tienen que vivir "mal", en austeridad franciscana, que deben hacer votos de pobreza. Si un izquierdista logra amasar una fortuna, es su prerrogativa usufructuarla, aunque en medio está la cuestión, de si para enriquecerse explotó a los demás, lo que es una abierta contradicción con postulados marxistas que seguramente enarboló; pero igual habrá que reconocer que en el amplio abanico de la izquierda, los hay quienes no tienen ni una gota de Marx encima y que no ven contradictorio explotar al próxi-



mo y ser buena onda políticamente. El caso de Heberto Castillo, que desarrolló tecnología de construcción y se enriqueció con ella, puede ser ilustrativo; habrá que ver si en sus proyectos pagó salarios adecuados al nivel de su enriquecimiento, y con todo, hay que ser precavido y no caer en las sentencias morales.

No creo que sea condenable la búsqueda de "vivir bien", tomando en cuenta la trampa de poder dejar la modestia y cambiarla por la búsqueda de la acumulación, aunque sea con corrupción. Volviendo a los diputados suecos, parecen gozar de buen nivel de vida y se conocen pocos escándalos de corrupción en su entorno, y el país sostiene políticas de beneficio social; mientras que los diputados de izquierda mexicanos, no dudaron en alinearse con la derecha para concentrar la riqueza, incluida la que les cayó a ellos, a cambio de apoyar políticas que empobrecieron a la sociedad que decían representar. Si la supuesta entrega de dinero a cambio del voto por las reformas estructurales de Peña Nieto es cierta, se despedazará cualquier reducto de integridad moral que les quedaba.

No hay razón para pensar que los izquierdistas (ahora me regañaran por hablar en femenino) estén exentas o inoculadas contra los valores, costumbres y prácticas económicas, culturales y políticas de la derecha, aunque existe la creencia de que deben estarlo. Si el Kibutz se contagió, debemos pensar que muchos están expuestos al contagio y no porque los socialistas israelíes estén fuera de la realidad. La pregunta es: ¿qué valores se sacrifican a cambio de elevar la calidad de vida, si es que se sacrifican?

Otro factor no menos importante es que no hay justificación para que alguien renuncie a ciertos beneficios, sim-

plemente porque enarbola una postura política específica. ¿Se debe renunciar a un buen salario para ser congruente como izquierdista? ¿la precariedad lo hace a uno un izquierdista más puro ideológicamente? La experiencia del movimiento Tierra y Libertad en Monterrey arrancaba en el precarismo, como si los militantes hicieran votos de pobreza. Habría que ver la condición económica de esos líderes, que hoy en día no tiene nada de precaria y cuya postura política se alejó del maísmo inicial, para entrar al acomodamiento con el poder más descarado, y no necesariamente con una intencionalidad izquierdista.

Como toda moneda tiene dos caras, tal vez la pregunta alternativa deberá ser: ¿por qué y dónde triunfa la izquierda? Fuera de los casos dictatoriales (Cuba, China, Corea del Norte) y dentro de la "democracia electoral", tenemos ejemplos como Bolivia, que reivindicó a los pueblos originales; casos fugaces como Mujica en Uruguay; la problemática continuación después de un destello izquierdista, con el mantenimiento de las políticas, que no parece ser el caso de Ecuador, y por supuesto no es el caso de Nicaragua, donde Ortega hace todo lo posible para parecerse al Somoza que ayudó a derrocar; o la inviabilidad española, donde uno de sus presidentes socialistas no dudo en aliarse a la oligarquía internacional; por otro lado están los países socialdemócratas, como Noruega y Suecia. ¿Qué hay ahí?

Un gobierno de izquierda genera modificaciones estructurales que logren beneficios para las grandes masas, eso si no los interrumpen asesinando a los líderes, como en el caso de Salvador Allende. Venezuela y Cuba hay que abordarlos a la luz de los intentos de descarrilamiento

y bloqueo persistente de Estados Unidos y sus esfuerzos para derrocar al régimen. Aventuremos la tesis de que sin la agresión estadounidense, posiblemente ambos gobiernos hubieran evolucionado hace mucho tiempo; por un lado su sociedad no sufriría penurias, pero también se hubiera desarrollado cierta protesta y resistencia natural; pero bien dicen, el hubiera sirve para especular y en este caso hay que ver la realidad de una sociedad enfrentada a mecanismos policíacos.

Dicho sea de paso, al parecer nos acercamos a la situación en la cual las elecciones dejan de ser cuestiones nacionales, para convertirse en proyectos internacionales; los ejemplos, como la intervención rusa en Estados Unidos para elegir a Trump; o en países de África; o los intentos de Irán para desestabilizar países, para imponer su proyecto geoestratégico, ponen en la picota los principios de la democracia occidental y el sostenimiento de su componente de valores, como la libertad y la justicia; y en esto todavía está por definirse la izquierda, que seguramente se alineará en contra del demoníaco imperialismo yanqui.

El fracaso de la izquierda empezó con su triunfo, porque ahí donde alcanzó el gobierno generó sistemas totalitarios, sistemas policíacos, sistemas que cancelaron las libertades individuales y donde se generaron autocracias; en lugar de generar un nuevo hombre feliz, generaron uno triste y oprimido. De ahí en adelante la historia fue de represión y de tratar de convencer que la penuria era por el bien de la gente.

\* Universidad de Texas, Austin.



# La izquierda en el tiempo largo y el tiempo corto: una historia de éxitos, derrotas y fracasos

Joan del Alcàzar

**V**alencia, España.- La izquierda política vive tiempos turbulentos y oscuros. Aquellos ciudadanos que sienten la noble pasión por la igualdad, la justicia y la libertad llevan demasiados años acumulando derrotas, retrocediendo en sus aspiraciones. La izquierda, en general, parece como perdida, desnortada, acogotada por una derecha rampante, desacomplejada e insaciable.

Podemos preguntarnos si, en verdad, la izquierda ha perdido su capacidad de transformar la realidad política y social, de construir un mundo más vivible, menos hostil, más confortable para el ser humano.

¿Ha fracasado históricamente –dicho sea así, rotundamente–, la izquierda? ¿En qué terreno de juego geográfico podemos movernos para emitir una opinión? ¿Deberíamos antes preguntarnos qué es la izquierda? ¿La podemos etiquetar así, en singular? ¿Es posible citar sus errores más reiterados? ¿Qué significa fracaso? ¿Cabe distinguir entre fracaso y derrota? Estas y otras muchas preguntas se nos antojan centrales, pero también excesivas para ser respondidas con brevedad y acierto. Estas páginas intentarán ofrecer unas líneas de reflexión.

La respuesta a la pregunta del supuesto fracaso de lo que podemos llamar desde la Revolución francesa “la izquierda”, es un contundente no. La historia de la izquierda no es una historia de fracaso; siempre que la analicemos en el tiempo largo.

Los grandes, los inmensos avances en el terreno de las libertades individuales y en el de los derechos y los cambios sociales que se han producido en el mundo durante los siglos XIX y XX



han sido obra inequívoca de aquellos hombres y mujeres que se han negado a aceptar la injusticia como un fenómeno atmosférico, que se han enfrentado a los poderosos, que se han rebelado contra los dogmas y que han combatido contra las grandes supersticiones desde que los pensadores de la Ilustración abrieron las puertas a la razón, al pensamiento libre, a la libertad del individuo.

Esa historia está constituida por el legado de los hombres y mujeres que han actuado en la defensa y puesta en valor de determinadas ideas sustantivas que, por definición, son tan opuestas al conservadurismo como consustanciales con el inconformismo político; o sea, con lo que podemos llamar –genéricamente– la izquierda.

Negada la tesis del fracaso global, es necesario delimitar el espacio geográfico en el que vamos a movernos. El territorio sobre el que pretendemos ofrecer nuestras reflexiones es Europa y América, dejando fuera a los Estados Unidos. Ambas regiones comparten mucho en el terreno de la cultura política, pese a sus grandes diferencias en otros planos de carácter económico, social, incluso racial. La influencia de las principales corrientes ideológicas de matriz europea sobre el subcontinente latinoamericano es cono-

cida, y ha tenido un recorrido distinto al que se aprecia en el poderoso vecino del norte, que presenta unas particularidades muy específicas.

*¿Izquierda o izquierdas?*

¿Qué es la izquierda, así, hablando grosso modo? Una primera anotación necesaria es que hablar de la izquierda política en singular puede constituir un error importante, por eso en este texto se propone reflexionar sobre las izquierdas, en plural. Quizá “la izquierda”, así como categoría política, solo existe para la derecha. La sutileza no ha sido nunca una virtud del bloque conservador, que siempre ha unificado a cualquier antagonista, ya fuese moderado o radical, con una simple etiqueta: materialista, rojo, marxista, comunista, etcétera. Por poner un ejemplo señero, no eran pocos los reaccionarios que consideraban que el Papa Juan XXIII era, lisa y llanamente, un comunista más.

Los conservadores de todo pelaje, por hablar en términos genéricos, comparten con gran eficacia una posición en el mundo, un universo común: sitúan sus intereses más tangibles en primera instancia, y sus costumbres y valores a renglón seguido. Por eso hablan de “la izquierda” como un actor político antagónico a ellos, en la medida que entienden que cuestiona esa prelación.

Esos dos grandes bloques izquierda-derecha, como ya señalara Norberto Bobbio, han monopolizado las respuestas que se han dado a los binomios igualdad-desigualdad y libertad-autoritarismo que han vertebrado las propuestas ideológicas y partidarias desde los años siguientes a la Revolución francesa.

No obstante, debemos aceptar que

las respuestas a esas dos parejas de conceptos que se decantan por la igualdad y por la libertad también son –y han sido, históricamente– plurales; hasta el punto que no es exagerado afirmar que “la izquierda” es y ha sido heterogénea desde siempre, que nunca ha existido como propuesta unitaria. Las izquierdas, empíricamente, se han hecho presentes en su vehemente, contradictoria e inclusive antagónica pluralidad. Digámoslo claro: una característica indeleble de las izquierdas es su tozudo empeño en pelear entre ellas hasta la extenuación, en fragmentarse de manera obsesiva incluso, en ocasiones, hasta actuar como parteras de la victoria del bloque al que combaten.

Es verdad que tampoco las derechas son un todo absolutamente compacto, precisamente; también presentan sus diferencias en la medida en que se decantan por el dúo desigualdad-autoritarismo con mayor o menor radicalidad. Sin embargo, las derechas tienden de manera natural a sumar esfuerzos sin remilgos, mejor cuanto más fuerza les permita acumular; mientras tanto, y contrariamente, las izquierdas propenden a la disgregación, a la desunión y a la confrontación también entre ellas, en tanto que su compromiso con el dúo igualdad-libertad presenta diferencias sustanciales.

*Las izquierdas nunca se han gustado, y siempre han contendido*

Por lo que hace a los errores más reiterados de las izquierdas puede decirse que, en el tiempo largo y en el corto, más allá de una concordancia genérica, más declarativa que efectiva, a la hora de intentar contrapesar los poderes de la derecha, las izquierdas han tendido a enrocarse, a poner el acento más en aquello que las divide que en lo que las podría, las debería, unir. La falta de unidad, la tendencia a la fractura interna del bloque y especialmente en las últimas décadas, la falta de agudeza en el análisis de unas realidades sociales muy cambiantes, junto a una patética búsqueda de soluciones simples a problemas complejos, las ha llevado a rebuscar reiteradamente en el libro de las viejas recetas del pasado a una desorientación tan completa como paralizante. Estos podrían ser, quizá, los déficits más explícitos de las izquierdas en general.

A ello debemos añadir que, con sorprendente incapacidad para la comprensión del mundo en el que vivimos, desde esas mismas izquierdas se siguen proponiendo formas de respuesta a los proble-



mas del presente de cada país, cuando todos los grandes retos, desde el calentamiento global al drama migratorio, desde las guerras comerciales al gigantesco desafío tecnológico, son algo más que amenazas globales que no distinguen ni fronteras ni banderas.

La división interna de las izquierdas es congénita. Si miramos hacia atrás, la evolución de las respuestas organizadas contra la extrema dureza social, incluso la crueldad, del sistema capitalista, observamos que desde la constitución de la Asociación Internacional de Trabajadores, o Primera Internacional Obrera en el Londres de 1864, más allá de la contrastada y penosa explotación que sufren los obreros que habían puesto en marcha la Revolución Industrial, la contradicción entre los partidarios del llamado socialismo científico y los seguidores del anarquismo colectivista era total.

Los que se llamarán marxistas proponen la formación de partidos obreros que trabajen conjuntamente con los sindicatos desde los parlamentos nacionales, para defender un programa mínimo de mejoras sociales y laborales, mientras mantienen un programa que pivota sobre la revolución social que, en un futuro indeterminado, les permitiría conquistar el poder del Estado. Aquellos que liderará Mijail Bakunin, también llamados anarquistas, negarán siempre la lucha política partidaria, al entenderla contraria a los intereses de los obreros, por considerar que validaba, a la vez que reforzaba, la maquinaria del Estado. Ellos se decantaban por implantar una forma de organización social que pasaba por una revolución que instauraría un federalismo social, en el que el consenso presidiría la toma de decisiones de gobierno.

En aquella Primera Internacional, substituida en 1889 por la Segunda, ya

solo se congregaron los partidos socialistas y socialdemócratas, los marxistas. Duraría hasta 1916; y su gran, enorme, inmenso, doloroso y terrible fracaso fue no saber evitar la I Guerra Mundial. Los obreros europeos pasaron de los mítines de las organizaciones de trabajadores en defensa de la paz, a las oficinas de reclutamiento en las que recibieron un uniforme y un arma para ir a matar obreros del país vecino. La II Internacional no supo, o no pudo, conseguir que prevaleciera el carácter de clase por encima del factor nacional de cada uno de los millones de hombres que se dedicaron, durante cuatro largos años, a matarse entre sí.

A la amarga realidad bélica se unió la revolución de los bolcheviques en la lejana y atrasada Rusia. En 1919, bajo V. I. Lenin, se creó la III Internacional, dando por superada la socialdemocracia y propiciando la creación en cada país de secciones nacionales de la Internacional Comunista, para sustituir el sistema capitalista por la dictadura del proletariado, abolir las clases sociales e instaurar el socialismo como primera etapa en el viaje hacia la sociedad comunista.

Nunca conciliaron las diversas ramas del movimiento obrero, más allá de situaciones o de experiencias coyunturales, como la política de Frentes Populares propiciada por la Internacional Comunista en 1935. La Komintern, fracturada entre estalinistas y trotskistas, fue disuelta por Kruschov en 1956, tras el XX Congreso del PCUS, como una pieza más de la desestalinización. La Internacional Socialista, disuelta en 1916 y refundada en 1923 como Internacional Obrera y Socialista, fue vuelta a reconstruir en 1951, tras la II Guerra Mundial. Después de unas décadas de esplendor, coincidentes con la construcción del Estado del Bienestar en la Europa Occidental, en el siglo

XXI vive horas muy bajas. Tanto que es un actor casi irrelevante en el escenario no solo internacional, sino también en el europeo.

Podría decirse que las izquierdas nunca se han gustado entre ellas. Más allá, no obstante, de una respuesta inamistosa de tipo primario, lo realmente llamativo es que no han sabido reconocerse entre ellas como legítimas y, quizá, complementarias. La tendencia a desacreditarse entre sí, por radicales o por moderadas, por sistémicas o por antisistema, además de constituir un inmenso error, ha abierto un flanco tan débil y desguarnecido que el bloque reaccionario lo ha aprovechado históricamente con gran eficacia.

La actual coyuntura española es paradigmática en este sentido: el PSOE fue el vencedor de las últimas elecciones de mayo de 2019, pero necesita sumar escaños con Podemos, el partido que se ubica a su izquierda. El principal partido de la derecha, el Partido Popular, fue el gran derrotado, pero se ha rehecho gracias a su capacidad de formar un bloque conservador con Ciudadanos (teóricamente liberales centristas, aunque con posiciones explícitas de extrema derecha) y con los neofascistas de Vox. Pudiera ser que la cerrazón al pacto de socialistas y podemitas desembocara en unas nuevas elecciones y que las derechas las ganaran colaborando entre sí como ya han demostrado que saben hacerlo. Parece que las izquierdas españolas no saben vencer ni cuando ganan, y son capaces de auto-inmolarse en el altar de las esencias ideológicas incompatibles de cada una de ellas.

Nada nuevo bajo el sol, no obstante. Las dos grandes corrientes de la izquierda clásica, la de matriz leninista y la de matriz socialdemócrata se han pasado literalmente la vida demandándose mutuamente que no sean como son, y exigiéndose la una a la otra que abandonen la posición herética [la contraria] y abracen el verdadero credo liberador [el propio]. En Europa, la contradicción entre los partidos comunistas y socialistas, incluido el intento de síntesis que significó el llamado eurocomunismo, liderado por los PC de Italia, Francia y España, ha propiciado que en estos momentos ambas corrientes sean poco relevantes en sus países, o que directamente hayan desaparecido del escenario parlamentario.

España y Portugal cuentan todavía hoy con gobiernos de la izquierda de orientación socialista, más en precario

el español que el luso, pero los otrora potentísimos Partido Socialdemócrata alemán y Partido Laborista británico son actores debilitados en sus parlamentos y en sus mismas sociedades. El melón del Brexit que David Cameron abrió para huir de su propia decadencia, personal y partidaria, es una amenaza muy seria para la estabilidad de la sociedad británica y la europea en su conjunto; y el líder laborista, Jeremy Corbyn, todavía no sale del regate corto y de sus juegos especulativos.

En cuanto a los alemanes, en agosto 2019 el SPD mejora en los sondeos y alcanza a Alternativa para Alemania, la extrema derecha, como tercera fuerza. Los dos grandes partidos de la izquierda tradicional europea, como son el Partido Laborista británico y el propio SPD, han perdido presencia.

Los partidos comunistas, por su parte, duermen el sueño de los justos desde hace décadas. Fijémonos, en Italia, donde hace muchos años desapareció carcomido por la corrupción el Partido Socialista y, poco después, en las postrimerías del siglo, el otrora espléndido Partido Comunista Italiano, el más potente y avanzado de Occidente, fue incapaz de mantenerse.

En los países nórdicos, el quinteto formado por Suecia, Dinamarca, Noruega, Finlandia e Islandia, países en los que un modelo de mercado capitalista combinado con unos servicios sociales de alta calidad, sufragados gracias a una fuerte presión fiscal, resultó imbatible durante años; la socialdemocracia está sufriendo los embates de la extrema derecha subida a lomos de un racismo xenófobo que se sustenta en el rechazo a la inmigración, y ha visto seriamente cuestionada su hegemonía. Precarios acuerdos con partidos a su derecha, en ocasiones asumiendo parte de su ideario en materia de restricciones en los derechos individuales, les han permitido mantenerse razonablemente como partidos de gobierno, aunque no sin derrotas llamativas. La forma de financiar y organizar los sistemas de seguridad social, los servicios de salud y educación de los países más septentrionales de Europa tiene, todavía hoy, el apoyo mayoritario de sus ciudadanos, pero resultan evidentes las serias amenazas que han de atender en el presente y en el futuro más próximo.

En el polo opuesto, en América Latina, la región más injusta y cruel con sus habitantes, la que padece insufribles niveles de violencia, las izquierdas han sido incapaces de vertebrar y aplicar po-

líticas adecuadas para revertir ese estado de cosas. Ni siquiera las dictaduras de seguridad nacional sirvieron para entender que la disputa entre los partidarios de las reformas y los de la revolución se saldó siempre con la victoria por aplastamiento de los que no querían ni la una ni la otra.

Tal y como podemos constatar históricamente, parece que la patología de la que alertara hace más de tres décadas Eric Hobsbawm sigue resultando inmune a cualquier tratamiento: “A quienes consideran que no sólo es más sencillo sino también mejor mantener ondeante la bandera roja, mientras los cobardes retroceden y los traidores adoptan una actitud despectiva, les acecha el grave riesgo de confundir la convicción con la prosecución de un proyecto político; el activismo militante con la transformación social”.

No parece que la actual izquierda latinoamericana, también en sus diversas versiones, haya reflexionado con provecho a propósito de las experiencias de su historia más reciente: desde la Revolución cubana o la Sandinista, al Bolivarianismo chavista, pasando por la Vía chilena al socialismo, o el más reciente Zapatismo. De lo que resulte de la victoria de Andrés Manuel López Obrador en México, es todavía pronto para realizar una evaluación, pero la que se puede hacer de los gobiernos del PT brasileño capitaneados por Lula da Silva y Dilma Rousseff no es precisamente positiva, aun cuando sus avances en política social queden sepultados por la corrupción y la incapacidad para controlar los insostenibles niveles de violencia urbana. Tampoco la gestión de la paz en Colombia, tras la firma de alto el fuego entre el Estado y las FARC ha sido satisfactoria, particularmente por la baja participación electoral, que ni en el plebiscito para refrendar la paz consiguió movilizar a dos tercios del electorado.

Sorprende muy especialmente que desde la izquierda autocrática, populista, autoritaria, nostálgica, bolivariana, ensimismada o castritizada, llámesela como se quiera, se siga recurriendo a retóricas explicativas de la realidad que eran propias de los años de la Guerra Fría, y que se siga fomentando la bipolarización política y social que Fidel Castro ya patentó en su visita al Chile de Allende en 1971: o revolucionarios o fascistas, decía el entonces Comandante de la esperanza latinoamericana, en palabras de Salvador Allende. Más recientemente, en Venezuela, se repitió la misma simpleza

desde el bolivarianismo.

Desde esas posiciones no solo se desconoce lo que es la autocrítica, sino que se mantienen posiciones incomprensibles: hay quienes consideran que, por ejemplo, los DDHH son una falacia burguesa; quienes siguen sosteniendo la validez de un supuestamente envidiable modelo cubano, que hace tiempo que no es más que un patético fracaso del que huyen todos los que pueden; quienes culpan en exclusiva a un enemigo exterior de los gravísimos desequilibrios internos de las sociedades latinoamericanas y absuelven de cualquier responsabilidad a sus élites; o quienes recurren a cuentos infantiles de buenos y malos, como el que ha cristalizado en la teoría de los golpes de nuevo tipo; cuento que no explica, por cierto, cómo es que un tal Bolsonaro ocupa despóticamente el poder en Brasilia.

Tampoco se denuncia el proceso nicaragüense, en el que Daniel Ortega ha pasado de libertador a tirano en tres décadas. Ni se abandona la mitificación del Chavismo, que desde antes de la muerte del gran líder ya daba muestras incontestables de inviabilidad política, económica y social, así como de un autoritarismo incompatible con cualquier tipo de izquierda. Todas las aristas se agudizaron todavía más tras la asunción de Maduro.

Las izquierdas latinoamericanas, una parte de ellas al menos, muestran su admiración por personajes como Vladimir Putin, o celebraron la elección de Donald Trump, así como su aislacionismo porque, como poco, así –afirman– se agudizan “las contradicciones del imperio”. Una remasterización de la vieja consigna izquierdista del “cuanto peor, mejor”.

#### *Las izquierdas en bucle*

La izquierda que así respira sigue en su propio bucle, y se muestra incapaz de extraer el conocimiento necesario y adecuado de la realidad, y vuelve a allanar el camino a la nueva/vieja derecha de siempre. Una derecha que no es nada imaginativa, pero que tiene muy claros sus objetivos tradicionales.

Parece lógico afirmar que desde la izquierda populista y miope se sigue confundiendo el activismo tronante y el discurso amenazante con la transformación social, mientras América Latina se mantiene como la región más desigual y más injusta de todo el planeta. La izquierda democrática –la reformista, moderada, acomodada, pactista, llámesela como se quiera– a su vez, parece carecer



de la capacidad y la fuerza –o la convicción– de denunciar esa lógica trasnochada de los autoritarios, quizá porque le aterroriza que la acusen de alinearse con los imperialistas ancestrales. Tanto más en los tiempos en que el inquilino de la Casa Blanca es un hombre que quiere construir un muro en el Río Grande para detener a los criminales y violadores mexicanos, que pretende comprarle Groenlandia a Dinamarca, o que propone utilizar bombas nucleares contra los huracanes.

Colonialista ha llamado Bolsonaro al presidente francés Macron, por denunciar el incendio irresponsable de la Amazonía, y envidioso porque su mujer es muchísimo más joven que la del presidente galo. Ante tamaño desaguado no se ha oído nada contundente desde las izquierdas brasileñas. Parece que estas siguen cocinando recetas antiguas: no hacer nada, esperando que el muy limitado presidente se cueza en su propia salsa hasta que sea víctima de sí mismo, en tanto dedican sus fuerzas a atizarse entre ellas por erigirse con la primogenitura de la oposición.

Mientras, en el conjunto de la región, la democracia sigue sin alcanzar unos índices adecuados de institucionalización y, sobre todo, está lejos de resultar socialmente eficaz para tanta gente que padece altos niveles de pobreza y violencia (más de 20 mil muertos en México, por ejemplo, solo en la primera mitad de 2019), y que sufre en primera persona la corrupción y el desdén de los poderosos. No pensemos solo en Guatemala, Honduras o El Salvador, que algunos califican ya de narcoestados, o de Estados fallidos. Veremos qué ocurre con el nuevo gobierno argentino, tras el fiasco del gobierno Macri, y el ascenso del neoperonismo kirchneriano.

La dura realidad es que en Argentina, en Brasil y en toda la región continúa habiendo demasiados millones de personas a las que hoy en día les valdría con materializar aquella consigna sandinista de los años setenta: “pan, techo, trabajo

y dignidad”. Una consigna de hace cuarenta años que sigue manteniendo su vigencia.

Es por ello que la dramática evidencia de la falta de eficacia social de las instituciones debilita el propio sistema democrático, y abre un espacio peligrosamente amplio para quienes desde la extrema derecha, o desde la izquierda populista autoritaria, vuelven a descalificar –o a falsificar– el sistema democrático parlamentario y de representación, casi con los mismos argumentos que estaban vigentes para la izquierda transformadora de los años de la Guerra Fría.

Además de la baja eficiencia en materia de derechos sociales, además de la incapacidad para potenciar las instituciones que son básicas en cualquier sistema democrático homologable, se ha desatendido la seguridad física de los ciudadanos –que sufren unas cifras de violencia y muerte, que en algunos países superan las de zonas en guerra declarada– y se ha cedido la gestión de esa realidad a una derecha que solo sabe responder con más violencia. Pensemos que de las 50 ciudades más violentas del planeta, la ONU sitúa 43 en América Latina.

En Europa también se viven horas difíciles. En paralelo a la entrada en el escenario americano de mandatarios inimaginables como Donald Trump o Jair Bolsonaro, en el Viejo Continente se vive la amenaza creciente de sus imitadores. Al histriónico Matteo Salvini –un hombre tan incompatible con el marco político y jurídico europeo, como perturbador para la democracia italiana–, se le acaba de unir el británico Boris Johnson, otro ciudadano de características semejantes que, ni más ni menos, ha dejado en receso al Parlamento durante semanas. Sus excesos, como los del húngaro Orban, son aplaudidos por parte del electorado, que ve en ellos los expendedores de la pócima que les aliviará de sus miedos. Pero no solo el populismo de extrema derecha constituye una amenaza en la Europa actual. Más allá de las formaciones que encabezan estos líderes desmesurados y xenófobos, más allá de la renovada extrema derecha francesa o alemana, las más conocidas, produce escalofríos repasar el panorama continental.

En Finlandia, la extrema derecha lidera la oposición, mientras que en Polonia y Hungría controlan el gobierno, y en Suiza son la primera fuerza en el Consejo Nacional. La extrema derecha es la segunda fuerza más votada en las últimas elecciones generales celebradas



en Dinamarca y Países Bajos, además de Finlandia; y son la tercera fuerza en Alemania, Suecia, Austria (donde forman parte del Ejecutivo) y Grecia.

En este escenario parece evidente que las izquierdas sufren una grave miopía analítica en cuanto a los cambios operados en nuestras sociedades y, en consecuencia, una mala conexión con la ciudadanía. El derrumbe soviético dejó a la intemperie los horrores y los errores de lo que había sido el socialismo real. También en esa época se produjo la victoria de la llamada *Revolución conservadora*, capitaneada por el dúo Thatcher/Reagan. En general, la falta de un programa propio, incluso de un modelo de sociedad alternativo al neoliberalismo radical, ha convertido a las izquierdas en un bloque que solo habla con fluidez de lo que no quiere, lo que detesta, pero que resulta lamentablemente tartamudo cuando ha de hacer sus propuestas en positivo.

Las izquierdas parecen cautivas e ideológicamente desarmadas ante el discurso individualista y privatizador del bloque derechista, para el que todo puede ser una oportunidad de negocio: desde la sanidad y la educación, a las guerras privatizadas, o la depredación consciente de los recursos ambientales.

Vivimos una época bien compleja, así que no parece exagerado afirmar que, en el tiempo corto, las izquierdas, más que fracasar, están sufriendo derrotas continuadas; pero son tantas que, ciertamente, no es excesivo hablar una especie de fallo multi-orgánico.

En Europa, el bloque conservador se beneficia de haber sabido inyectar en nuestras sociedades miedo, desconfianzas de todo tipo, individualismo creciente del tipo sálvese quien pueda y, muy especialmente, rechazo a los otros, a los distintos. Se da la paradoja de que el bloque derechista ha sido capaz de negar el cambio climático, sin necesidad de desmentir la amenaza de la desaparición de los glaciares y la subida de las temperaturas que denuncian las organizaciones ecologistas, con lo cual siempre lleva el agua a su molino. Se ha incorporado a la vida diaria de los europeos el miedo ante la amenaza efectiva del terrorismo islámico o, incluso, el reparo a la ingesta de micro-plásticos, o al consumo de carne o de pescado. Este racimo de angustias se combina con la sombra de la sospecha hacia lo público en beneficio de lo privado, lo que favorece el discurso neoliberal de reducir impuestos hasta la irresponsabilidad, prometiendo que eso

no será en menoscabo de los servicios que se pagan con dinero fiscal. Vivimos en tiempos de la posverdad o, como se decía antes, de la vulgar mentira.

No solo se niega la capacidad redistributiva del Estado desde la política fiscal, sino que se sostiene que las políticas de subsidios y de asistencia social solo fomentan la vagancia y el absentismo de los más aprovechados, y entre ellos se pone el foco sobre los inmigrantes. Ese rechazo a los imaginarios agravios de los nacionales de cada país, ante las prebendas y recursos supuestamente transferidos a los foráneos, forma parte de la utilización política y partidaria por el bloque derechista del problema migratorio. Se potencia así el rechazo hacia esos forasteros que se dice vinculados con el terrorismo y la violencia organizada, o se les acusa de ser simples agentes que contaminan las sociedades, a los que llegan con credos y costumbres que amenazan con hacer desaparecer los de los países receptores.

*A modo de balance: entre las derrotas y los fracasos del tiempo corto, el objetivo sigue siendo el de siempre*

Se sufre una derrota cuando se hace frente a una fuerza superior, y se sucumbe ante ella por pura lógica de combate. Se fracasa, sin embargo, cuando no se sabe plantear ese combate, cuando se usan métodos y formas que corresponden a combates de otro tiempo o de otro tipo; se fracasa cuando se prescindir del análisis complejo y se abandona el principio de realidad. En los últimos tiempos, creemos, cabe hablar más de fracasos que de derrotas.

Se fracasa cuando las izquierdas no saben secuenciar los programas mínimos y los máximos; se fracasa cuando se anteponen los intereses partidarios a los de los electores a quienes se representa, y se les defrauda una y otra vez; se fracasa cuando es difícil distinguir la aplicación vergonzante de las políticas que la derecha implementa sin complejos, o cuando se cede temerosos a sus chantajes; se fracasa cuando los líderes parecen abandonarse a la pulsión de querer entrar en la historia, olvidando que las verdaderas transformaciones sociales exigen consensos amplios y, por ende, tiempo y persuasión. Se fracasa sin paliativos cuando se devalúan las instituciones, se mina la confianza entre representantes y representados y cuando no se es capaz de explicar que solo el Estado es capaz de limar las grandes desigualdades del sistema mediante su capacidad redis-

tributiva, algo que conviene a todos los que no quieran vivir en una selva, ahora en su fase digital. Finalmente, se fracasa cuando se quiere responder desde anacrónicas trincheras nacionales a problemas planetarios, ataques cibernéticos, intromisiones algorítmicas o decisiones de ámbito global tomadas en instancias que nadie conoce, ni elige, ni controla.

Se fracasa, en suma, cuando las izquierdas no son capaces de ofrecer propuestas tangibles y creíbles que combinen de forma razonable igualdad, libertad y solidaridad.

La noble pasión por la igualdad, distintivo histórico de las izquierdas de todo tiempo, no puede aceptar la existencia de sociedades duales en las que conviven dentro de una misma frontera nacional el primer y el tercer mundo; pero tampoco puede aceptar un planeta de incluidos protegidos por fosos y muros electrificados en los que se detenga a cualquier precio a los excluidos que pretendan entrar en la fortaleza. La magnitud de las grandes injusticias y los grandes desafíos que enfrenta nuestra sociedad exigen, por pura supervivencia, levantar los ojos hacia la raya del horizonte, olvidando los ombligos y los miedos de cada quien. Un impulso ético potente es necesario, pero no solo; también el realismo más crudo podría actuar como propulsor.

Al final, muchas décadas después, sigue vigente la gran consigna de la Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII, ahora con carácter planetario. Se ha avanzado mucho política y socialmente desde entonces, y casi todo se le debe a quienes no se conformaron, a quienes se rebelaron ante las injusticias. Pero la vida sigue y hay que continuar peleando. En el último tiempo corto vivimos una época de derrotas continuadas, de decepciones y de desconfianzas, de fracasos incluso; así que parece necesario volver a levantar con orgullo la bandera de la libertad, la igualdad y la solidaridad universal. En el bien entendido, eso sí, que no será suficiente con enarbolar hermosas banderas, sino que será imprescindible no confundir el voluntarismo militante con la verdadera y necesaria transformación social.

\* *Universitat de València.*

# ¿Por qué fracasa la izquierda?

Mario Sznajder



**J**erusalén.- Bajo este título se puede escribir en muchas direcciones. Pese a esto, limitaré mi definición de la izquierda a los movimientos y partidos socialistas (y también comunistas), tanto autoritarios, como democráticos, que actúan en marcos políticos en los diversos países del mundo. Otra diferenciación necesaria es entre aquellos movimientos o partidos socialistas que actualmente gobiernan y aquellos que participan en la vida política de diversos países, sin llegar a gobernar. Esto tendría que venir como respuesta a la hipótesis de Francis Fukuyama, quien en su libro *El fin de la historia y el último hombre*, publicado en 1992, sostuvo que en la lucha ideológica entre las ideologías de

izquierda y la democracia liberal, esta última había triunfado tras la caída del Muro de Berlín en 1989 –y la desintegración de la URSS a fines de 1991 parecía confirmar esta hipótesis– y que el futuro traía consigo el triunfo global del liberalismo político y económico, ideología que veía en el individuo su sujeto histórico y alrededor del individualismo, los valores que definirían el futuro de la humanidad.

Una rápida mirada cuantitativa nos permite afirmar que “el fin de la historia”, movimientos y partidos socialistas democráticos han gobernado en 46 países, incluyendo no sólo Venezuela, Sudáfrica, Nicaragua, Bolivia y Albania, sino también en Uruguay, Reino Unido,

España, Portugal, Noruega, Nueva Zelandia, Italia, Francia, Finlandia, Chile, Costa Rica, Bélgica y Australia, que se encuentran entre las democracias más avanzadas del mundo. Más aún, en el 2019, movimientos o partidos socialistas democráticos gobiernan en 23 países, que van de Francia y Nueva Zelandia, a Venezuela y Bangladesh. En 79 países funcionan partidos y movimientos socialistas, miembros de la Internacional Socialista. En varios países de este grupo funciona más de un partido o movimiento socialista. Todo esto, sin contar los gobiernos comunistas de Cuba, China, Vietnam y Corea del Norte.

Tendríamos que preguntarnos si más allá del triunfo de los modelos económico-sociales neoliberales y la globalización, ¿qué significado tiene el hecho de que socialistas hayan ganado elecciones, gobernado y sigan gobernando en tantos países? ¿Es esto un índice de fracaso? ¿O quizá el análisis de Francis Fukuyama fue erróneo o prematuro?

Más allá de estos hechos, diversos autores señalan que en la generación del Milenio, en EEUU de Norteamérica y otros países, hay un renacimiento de demandas de carácter socialista, que provienen de la falta de satisfacción con el modelo económico neoliberal y su impacto social.

Edward Glaeser resume, en “How to Talk to Millennials About Capitalism”, en *The Social Order*, los resultados de recientes encuestas que muestran tendencias socialistas entre la juventud norteamericana. En marzo de 2019, la encuesta Harris de ese mes mostraba que aproximadamente la mitad de los encuestados de la generación Z y del Milenio creían que “nuestra economía debería ser principalmente socialista”. Ese resultado no es atípico, sino más bien un hallazgo constante en los últimos años. En 2018, Gallup descubrió que mientras el 51 por ciento de los estadounidenses de 18 a 29 años ve el socialismo favorablemente, solo el 45 por ciento mira al capitalismo positivamente. Una encuesta de YouGov, de agosto de 2018, reveló que sólo el 30 por ciento de los jóvenes de 18 a 29 años tenía buenos sentimientos hacia el capitalismo, mientras que el 35 por ciento consideraba el socialismo positivamente. Bernie Sanders, un socialista demócrata declarado, casi capturó la nominación presidencial demócrata en 2016, gracias, en parte, al apoyo de los jóvenes. Otra socialista demócrata, recién elegida miembro de la Cámara de Representantes, Alexandria Ocasio-Cortez, de Nueva York, ella misma Milena-

ria, ha alcanzado la fama de la noche a la mañana, acumulando más de 3 millones de seguidores en Twitter, mientras demanda una tasa impositiva marginal del 70 por ciento.

Esto sucede en el seno de la gran potencia capitalista y liberal democrática, que aparentemente ganó la confrontación ideológica contra el socialismo real de la URSS. En el resto del mundo, donde los problemas socio-económicos son aún más graves, no es de extrañar que los niveles de descontento con los modelos imperantes, la alienación, la protesta y el voto, indiquen que la izquierda aún posee un rol en las políticas. Hay que señalar que la protesta no es monopolio socialista. En las últimas décadas se ha hecho notoria la presencia de grupos anarquistas y movimientos ecológicos y feministas, que generalmente se autodefinen como progresistas y de izquierda, aunque aún en ningún caso han logrado generar el tipo de cambios que pretenden lograr, a nivel nacional.

Para entender mejor si la izquierda –en este caso el socialismo– ha fracasado o no, hay que hacer un análisis más profundo de los componentes ideológicos y estructurales de esta izquierda y examinar dos puntos: 1) ¿En qué medida responden a las necesidades de las diversas sociedades del siglo XXI –con todas las diferencias que implican diversos niveles de desarrollo– y las crisis que éstas atraviesan? 2) Si las fórmulas que presenta la izquierda socialista son aplicables a la realidad actual.

Primero hay que examinar cuál es la crítica de la izquierda socialista al capitalismo y cuan actual sigue siéndolo. Desde sus orígenes modernos en el siglo XIX, la izquierda socialista ha atacado cuatro puntos centrales del liberalismo económico que define al capitalismo.

El primero es la explotación. Siendo que la pobreza es una característica socio-económica universal, la izquierda socialista sostiene que la persona pobre, obligada por sus circunstancias de vida, a vender su trabajo en forma desigualitaria, a menor valor del que podría tener. El empleador, controlando los bienes de producción, tiende a minimizar el salario –precio del trabajo vendido por el trabajador– para aumentar su propia ganancia. Una pretensión básica de las izquierdas socialistas es una redistribución más igualitaria de los beneficios de la producción. Basta mirar los índices de distribución de ingresos para comprobar que al aplicarse el modelo económico neoliberal imperante, las brechas de redistribución –Índice Gini– se abren a fa-

vor de los sectores más adinerados de la sociedad.

El segundo es que las leyes de propiedad que caracterizan al capitalismo, interfieren en la vida económica y social y aseguran que los propietarios tengan una posición dominante con respecto a aquellos que no lo son. Marx recuerda que la propiedad privada de una persona presupone la no propiedad por parte de otras personas; y advierte que a menudo, aunque los liberales y los libertarios ven [acentúan] la libertad que es intrínseca al capitalismo, pasan por alto la falta de libertad que necesariamente acompaña a la libertad capitalista. En otras palabras, el trabajador –en la visión de la izquierda socialista– no logra ser propietario del fruto de su trabajo, ya que una parte es apropiada por el empleador. Ya que el trabajador no es propietario de los medios de producción, no tiene derecho a dirigir la producción. Esto significa también una pérdida de libertad, pero especialmente una estructura de dominación por parte de los propietarios de estos medios.

El tercero es la alienación del trabajador de la realidad que lo circunda, que deriva de la falta de propiedad, de libertad y de control sobre su propia fuerza de trabajo. Karl Marx definió alienación como que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser esencial... En su trabajo, por lo tanto, no se afirma a sí mismo, sino que se niega a sí mismo, no se siente contento sino infeliz, no desarrolla libremente su energía física y mental, sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente... Por lo tanto, no es la satisfacción de una necesidad; es simplemente un medio para satisfacer necesidades externas a él. Aunque estas palabras, escritas en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* tienen ya 175 años, el desplazamiento de los problemas del hambre, pobreza profunda y desempleo –especialmente en las sociedades desarrolladas– han centralizado el fenómeno de la alienación.

El cuarto es la ineficiencia de un sistema cuya motivación central es la ganancia. En este sentido, la propuesta de la izquierda socialista es racionalizar el proceso económico para maximizar el beneficio de la producción para la mayoría de la población, incrementado los niveles de redistribución. La racionalización de la economía sería, según la izquierda socialista, un buen antídoto contra las crisis cíclicas que caracterizan a la economía liberal. Por otro lado, Erik Wright señala otras ineficiencias del sistema de libre mercado, como la sub-

producción de bienes públicos (como el transporte público y la educación), la subvaloración y el consumo excesivo de recursos naturales (como los combustibles fósiles y las reservas de pesca), las externalidades negativas (como la contaminación), los costos de monitorear y hacer cumplir los contratos de mercado y la propiedad privada (dado que los explotados pueden no estar tan interesados en trabajar tan duro como lo requieren sus jefes que maximizan las ganancias, y que los marginados pueden ser movidos por la desesperación para robar) y ciertos defectos de los derechos de propiedad intelectual (como bloquear la difusión de la innovación y alienar a quienes se dedican a actividades creativas por su atractivo intrínseco y por la voluntad de servir al público, en lugar de maximizar la recompensa monetaria). Este último punto se ha convertido en central en pos de los cambios climáticos, los problemas de agua y el control de recursos naturales en general.

El segundo nivel tiene que examinar cuales son las propuestas de las izquierdas socialistas y cuál es su nivel de aplicabilidad actual.

Descartando los modelos de planificación central estatal que, en base a la experiencia de la URSS y otros países comunistas se han mostrado como inoperables, la izquierda socialista actual propone algunos modelos renovados. El modelo *Parecon* (Participatory Economy o Economía Participativa) en el cual la propiedad de los medios de producción y las empresas sea social y no privada, la democracia en lugares de trabajo será propulsada por el hecho de que las firmas están bajo control de sus trabajadores, se establecerá un sistema de trabajo que contenga elementos físicos e intelectuales y posibles rotaciones en los roles de producción, los salarios tendrán en cuenta no sólo el esfuerzo del trabajador, sino también sus necesidades y se realizará un esfuerzo de planificación participativa que incluya a todos los miembros del proceso productivo. Este modelo, presentado en el libro de Michael Albert (2003) *Parecon: Life After Capitalism*, aún no ha sido puesto en práctica a nivel nacional, pero sí a nivel de empresas por diferentes organizaciones cooperativas, como el complejo económico cooperativo Mondragón, del País Vasco, denominándose “socialismo de mercado autogestido”. Hay que recordar que fuera de esto, ciertas izquierdas socialistas, como el PT brasileño, han introducido hace ya más de una década los presupuestos participativos a nivel municipal, con di-



ferentes grados de éxito.

Han sido propuestos otros modelos de socialismo de mercado, como el de Joseph Carens, que acentúa el rol del estado en suplir necesidades de minusválidos y un sistema de incentivos impositivos para favorecer el empleo en sectores de mayor demanda; el socialismo de mercado de cupones de John Roemer, que impide la herencia de capital y contempla inversiones en un mercado de valores regulado por el estado, por parte de los trabajadores, quienes gozarán de los dividendos.

Los modelos de las izquierdas socialistas modernas se alejan de la idea de la lucha de clases y la revolución; y favorecen, en general, reformas necesarias puntuales y graduales que impulsen una combinación de economía regida por una política de libre mercado, con altos niveles de regulación y la existencia de un estado social –*welfare state*– controlado a través de serios mecanismos de transparencia para evitar corrupción, nepotismo y favoritismos clientelistas que provea redes de protección y ayuda a individuos y sectores desfavorecidos, para generar una base de igualdad, a partir de la cual puedan funcionar los mecanismos de eficiencia económica. Todo esto se hace necesario para revitalizar los modelos de estado social, que en las últimas décadas han retrocedido frente al embate de las políticas neoliberales, tal como lo probó Thomas Piketty (2014) en *El capital en el siglo XXI*.

El tercer nivel sería, ¿cómo espera la izquierda socialista lograr esta transformación? Habiéndose descartado la estrategia de la lucha de clases, que conduce a la revolución violenta –en base a las fallidas experiencias del siglo XX–, las

izquierdas socialistas, desde el punto de vista teórico, contemplan tres estrategias posibles o combinaciones de éstas.

La primera sería domar al capitalismo en base a leyes, regulación e impuestos progresivos, que dificulten la acumulación de capitales en sectores sociales pequeños y favorezcan políticas sociales. Ésta estrategia conduciría a la revitalización de las estructuras de estado social existentes pero debilitadas, en muchos países del mundo. La segunda sería escapar al capitalismo a través de la creación de marcos socio-económicos que se rijan por las reglas antes mencionadas, que tienda a privilegiar el principio de contribución máxima, en base a las habilidades del individuo, y retribución máxima, en base a las necesidades del individuo. Esto es posible en grupos reducidos, con alta sensibilidad socio-económica y ética, que funcionen en los márgenes de la sociedad común, como fue y es el caso del kibutz en Israel. Este modelo requiere también altos niveles de compromiso ideológico, especialmente en las etapas de formación y de capital social lo cual impide que se transforme en un modelo masivo. La tercera sería erosionar al capitalismo por dentro, introduciendo organizaciones socio-económicas de carácter socializado –como las empresas y asociaciones cooperativas– dentro de los marcos que funcionan en base a mercados libres.

El problema de quién llevará a cabo estos cambios ha sido asumido por la izquierda socialista, que sin dejar de lado su énfasis en el trabajador, va incorporando coaliciones de ecologistas, feministas y minorías discriminadas –por religión, etnia, migración y otros factores– a sus ideales de cambio y a sus filas políticas. El problema que aquí surge es que este tipo de coaliciones puede con facilidad perder una de las características centrales de la izquierda socialista, que siempre fue su carácter universalista-humanista-progresista y tornar el problema de identidades particulares y discriminaciones que surjan de la centralización de estas, en algo que tenga poco que ver con los ideales de la izquierda.

En resumen, más que fracasado, la izquierda ha cambiado y está cambiando rápidamente. Mientras subsistan los problemas que dieron origen a la política de las izquierdas y al socialismo, ambos seguirán respondiendo, aunque actualmente aparezcan como debilitados y marginados.

\* Profesor emérito. Universidad de Jerusalem.



# ¿Por qué la izquierda fracasa en el gobierno?

Diego Velázquez

**P**uebla.- “¡Todo depende!”, respondería la sabiduría popular y uno que otro comparativista. En efecto, el contexto y las circunstancias determinan la eficacia política que pueda alcanzar un gobierno de izquierdas o socialmente responsable. La fortuna es una variable que resulta tan caprichosa como la cultura en un sistema político.

En contextos democráticos –supongamos que México permanece allí, por lo menos, con una patita– la alternancia política obedece al desgaste en el ejercicio del poder. Las facciones más audaces y populares, permanecen prolongados periodos de tiempo en la cúspide de la administración pública. Al final, el agotamiento y la falta de respuesta a problemas nuevos, plantean la necesidad de renovar a los titulares del gobierno. Las izquierdas que apuntan a regímenes autoritarios, deben estar dispuestas a pagar un alto nivel de violencia e implementar estrategias defensivas en forma interna y externa; aunque, de cualquier modo, un día su régimen terminará.

Los malos gobiernos son adjudicados a todas las tendencias políticas. La democracia constituye una forma pseudopacífica para organizar, temporalmente, un tándem de problemas. Los autoritarismos se sustentan en la fuerza y, por ello, no les interesa gobernar adecuadamente.

A nivel federal en México ha ocurrido una alternancia política significativa; se presume que un gobierno de izquier-

da se acaba de instaurar en el poder. Empero, todavía es temprano para afirmar si la izquierda que llegó al gobierno es izquierda de verdad, competente o ilusa; evangélica, católica o pricomunista guadalupana (Schmidt); retrógrada o progresista; moderada o populista; etc. La izquierda es un arcoíris multicolor.

A nivel prospectivo es importante advertir la dirección que tomará la 4T que, estrambóticamente, ha generado una retórica de cambios fundamentales. No obstante, con todo y la incertidumbre que implica hablar de un gobierno izquierdista en la república mexicana, los antecedentes de gobiernos locales también deben considerarse. La izquierda ha gobernado la capital del país por más de veinte años y continúan ejerciendo su hegemonía; así mismo, en otras entidades han ganado y perdido el gobierno con resultados semejantes a los de otras tendencias políticas. A pesar de una imagen fundacional y revolucionaria, la izquierda mexicana se distingue por ser gradualista y minimalista –por no decir priista–. Entonces, quizá por fracaso de la izquierda mexicana, debemos entender su perdurabilidad en el gobierno federal; sobre todo, si será capaz, al menos como lo hizo la derecha, de retener un sexenio más la presidencia de la república. Columbrar la extensión del dominio izquierdista, aunque en realidad México está suscrito a un régimen de gobiernos divididos y yuxtapuestos, depende de variables externas e internas.

## Externas

1. La variable externa que más influye en el sistema político mexicano se llama Estados Unidos. Dimensionar adecuadamente su importancia es algo que sólo se sabe, pero que poco se implementa en los análisis académicos y prácticas gubernamentales. Es cada vez más urgente tomar con realismo la situación de México en relación a Estados Unidos. Andrés Manuel López Obrador llegó al poder con el apoyo de 30 millones de electores y la venia del reino anglosajón. La tarea del neoliberalismo sobrepasó la explotación de recursos y los resultados no fueron óptimos; el diseño del saqueo para México generó efectos colaterales que complican la gobernabilidad en ambas naciones. Norteamérica apostó por un nuevo controlador del patio trasero. La llegada de Donald Trump finalmente obligó a que la sociedad estadounidense y su gobierno, tuvieran que observar a México. No de la mejor forma; pero, ahora, resulta innegable que tenemos la atención de Estados Unidos. Es importante recordar que durante la presidencia de Barack Obama, la relación entre los dos países llegó al descuido total. Los republicanos siempre toman decisiones que afectan notablemente a nuestra nación. Estados Unidos sabe que México requiere de un proyecto transexenal de, por lo menos, veinte años. La tarea de remediar, deconstruir e institucionalizar al país implica una larga duración. La prolongación del gobierno izquierdista

en México depende de Estados Unidos. La elección norteamericana que se aproxima es una coyuntura para delimitar la autonomía de México a la adecuada asistencia estadounidense. Si la relación entre México y Norteamérica no se optimiza, el resultado será terrible para ambos.

2. La globalización desbocada. La relación de México con su vecino del norte es insoslayable; sin embargo, la figura de un mundo donde la gobernabilidad cede frente a poderes fácticos que cada vez son transnacionales, ajenos a la institucionalidad política de la ley y con perspectivas distópicas de la vida, tampoco puede evadirse. Condiciones como la sustentabilidad ecológica, los mercados, el petróleo, la minería, la migración y el corporativismo global del crimen, son fenómenos que requieren alianzas estratégicas con Estados Unidos y otras naciones. La política exterior mexicana debe ser congruente con la política interna.

## Internas

1. El nacionalismo católico anticomunista. Aun cuando los modelos de transición pactada, concertacionada e hipotecada, han sido los guiones de la derecha montuna en el caso mexicano pues, incluso, han compartido gobiernos estatales y locales con el acompañamiento de institutos políticos de izquierda. La rabia anticomunista los ha transformado en los apóstoles del odio y de un pasado que es necesario superar en la cultura política. Golpistas y patrocinadores de escuadrones de la muerte durante la Guerra Fría, pasaron de transar con políticos de izquierda a posiciones clerofascistas cuando la izquierda se alzó con el triunfo nacional de la república. Este sector retrocedió en el tiempo y ha iniciado una campaña de odio que impulsa la fractura mexicana hasta el límite. El anticomunismo, o antipopulismo, local, debe ser rechazado no sólo por anacrónico, sino por peligroso y abusivo. La esquizofrenia derechista siempre resulta en beneficio de una oligarquía parasitaria y medieval. Aun cuando la Iglesia Católica ha dejado de ser anticomunista y el propio Mario Bergoglio se colocó en una posición semejante a la del gobierno mexicano, los radicales constantineanos anhelan la llegada de los marines por todos lados y a todos los países del hemisferio. El comunismo ha muerto y es tiempo que el anticomunismo –y sus hermanos: nazismo, judeofobia, clericalismo, fascismo, etc.– también lo haga ¿De qué otro modo se renovarán las ideas y la política



en nuestras repúblicas? Las campañas subversivas de la ultraderecha pueden desembocar en acciones antisistémicas, que hagan imposible la supervivencia de los proyectos políticos de izquierda. En México, la oposición a López Obrador empleará todas las campañas de desprestigio y miedo que estén a su alcance; no tienen límites y son capaces de poner al pueblo contra el pueblo. AMLO se encuentra en la misma posición que Vicente Fox al principio de su sexenio: genera resultados inmediatos, o se adhiere a los corruptos de siempre para simular gobernabilidad.

2. La brecha de la desigualdad social. Los neoliberales terminaron siendo mirreyes, jugando al gorrón en un contexto donde la condición geográfica exige gobernabilidad. Mientras la desigualdad y corrupción no se contengan, pobreza, informalidad, emigración, narcotráfico y todos los males de lo que ahora se denomina “Estado Fallido”, serán las reglas de la supervivencia en México. Los gobiernos progresistas aún se encuentran tratando de digerir los efectos que tiene la globalización, aspiran a reconstruir un Estado de Bienestar, que distribuya el ingreso, mejore la condición de la gente y salvaguarde el medio ambiente. Sin embargo, las cosas parecen ingobernables y las fuerzas neoliberales se hacen oscuras. La tarea es complicada frente a una sociedad con fracturas varias y escasa patria; México requiere eficacia y resultados para vivir el instante de una modernidad efímera y sorprendente. Si los gobiernos de izquierda no mejoran las competencias que los han distinguido durante sus experiencias locales, es complicado que su gobierno trascienda. A la política la distingue un sólo concep-

to: el éxito.

3. El Ejército. Las transiciones a la democracia en América Latina culminaron en burocratismos autoritarios (Guillermo O’Donnell), para la seguridad del Imperio Estadounidense. Si en el pasado la confrontación con la Unión Soviética llevó al apoyo de dictaduras militares y derechas autoritarias, un nuevo eufemismo político fue necesario para disfrazar la centralidad de las fuerzas armadas en los sistemas políticos latinoamericanos. La medida es incorrecta, la situación ha empeorado y las medidas extrajudiciales han envuelto a la sociedad en una guerra de baja intensidad. Los militares deben ser desplazados como avales del control político. Un cambio político auténtico requiere una subordinación verdadera del ejército a la sociedad civil.

Cuando Felipe González abandonó la presidencia del Gobierno Español, los juicios de su prolongado periodo administrativo fueron más que severos. A la distancia, quien lo sucedió, representa un cúmulo de errores, fanatismos e incapacidad que hacer revertir la noción de éxito y fracaso en los gobiernos españoles posteriores a la dictadura católica. Lo mismo puede decirse del cardenismo y el avilacamachismo en nuestro país; incluso de las diferencias gubernamentales entre el PRI y el PAN. El fracaso de la izquierda es cuestión de tiempo, como la muerte; es decir, esperemos que sea dentro de muchos años; aunque todo depende del contexto y las circunstancias.

\* Profesor, BUAP.



# Cuídate, izquierda, de tu propia izquierda

Miguel Molina



**G**inebra.- La premisa de este ejercicio colectivo es que la izquierda ha fracasado. Tal vez sí, tal vez no. En todo caso, lo primero que habría que hacer es definir qué es la izquierda y luego habría que establecer si la izquierda ha fracasado.

Hace casi un cuarto de siglo, el filósofo Herbert Marcuse se hizo las mismas preguntas, pensando en la izquierda de Estados Unidos. Pero estas líneas no pretenden ir más allá en el pedregoso terreno de la filosofía política, sino ofrecer una reflexión –a la vez breve y divagante– sobre lo que se conoce como la izquierda mexicana, tal vez teñida por la nostalgia, trastocada por la imaginación que *sombras suele vestir de bulto bello*, nublada por el desencanto y a veces por la incredulidad.

En este ejercicio uno puede darle vuelta al pensador (que veía al capitalismo, a la cultura del entretenimiento y a la tecnología, como formas de control social) y llegar a la conclusión de que la izquierda mexicana es una congregación de grupos con algunos intereses afines que –como pasó con la izquierda de Estados Unidos a medidados de los setentas– quizá perdieron el espíritu anti-totalitario que tenían en común, crearon un totalitarismo de grupo (vélgase a Marcuse la expresión), y olvidaron a quienes tendrían que representar. Se institucionalizaron.

Todavía más: se puede pensar que la izquierda mexicana de nuestro tiempo, que viene de las izquierdas tradicionales, fortalecidas por las revoluciones del siglo XX, y muy debilitadas desde la caída del muro de Berlín, no ha podido encontrar un proyecto político que cambie las viejas formas de hacer y de pensar. También en la izquierda hay muchos que llevan un pequeño priista dentro, porque gran parte de la clase política aprendió a hacer las cosas al estilo del sistema revolucionario institucional, y parece que no ha encontrado alternativa.

Habrán quienes no hayan leído a Marcuse, pero recuerden cómo ha ido la cosa. En los cien años que han pasado desde que se fundó el Partido Comunista de México, durante un siglo en el que las revoluciones recorrieron el mundo, la izquierda ha perdido mucho, bueno y malo. Quedan documentos, proclamas, ensayos, convocatorias, declaraciones, y se han escrito innumerables libros sobre los personajes y los eventos que contribuyeron a darle forma y rumbo a ese sector de la política nacional. Pero en la política no hay nada definitivo. Los perso-

najes se mueren, los sueños se acaban, los rumbos se extravían y los principios se pierden. Los partidos, como sus militantes, son inconstantes, y eso hace todavía más difícil definir una criatura tan marcada por el cambio como la izquierda mexicana.

Tampoco era fácil antes: en México ha habido y sigue habiendo comunistas, socialistas, trostkistas, marxistas-leninistas, anarcos, anarco sindicalistas, espartaquistas, ligas y coaliciones más allá o más acá de la ortodoxia, separadas por líneas doctrinales delgadísimas; y ahora que ya no hay ideologías, hay movimientos que se consideran de izquierda, como los ecologistas, los pacifistas, los antifascistas, los y las feministas, los anticonsumistas, los istas de cada cosa, y cada quien con su idea de cómo transformar al país.

Pero los ideales de cambio de entonces ya no están definidos –advirtió desde hace tiempo Marcuse– por la conmoción política y económica. Lo que vemos, lo que hemos visto, en resumidas cuentas, es la izquierda que nos queda, lo que tenemos, lo que hay: una colección de grupos que ofrecen la idea de una sociedad justa y solidaria, impulsada por el deseo colectivo del bien común, al menos en teoría. Lo que se ve en la práctica es un conjunto de grupos que se integran y se desintegran sin esfuerzo en búsqueda de poder.

Habrán quien argumente que ver a la izquierda con ojos tan ligeros es irresponsabilidad histórica, pecado de lesa análisis. El caso es que los grupos progresistas del país pueden haber pasado cien años luchando por cambiar al país y sus instituciones, y el hecho es que no lo han logrado.

Eso ya tiene que ver con la segunda parte del supuesto, y depende de lo que uno pueda entender como fracaso. Es verdad que no se han visto ni están cerca las transformaciones sociales, políticas o económicas que necesita el país. La nación tiene miedo de cambiar por el temor a lo desconocido –más vale malo por conocido–, pero también hay grupos de poder económico (con enorme influencia política) dispuestos a evitar el cambio de un estado de cosas que les ha dado todo, o casi todo lo que tienen, que es mucho.

En ese sentido, se puede afirmar que la izquierda ha fracasado porque no ha podido concretar (tal vez ni acercarse) a las metas políticas y sociales que una y otra vez le han dado vida. Pero hay que considerar igualmente, que para muchos, la única forma de triunfo (lo opuesto del fracaso), es ganar elecciones, y



tampoco ha habido mucho de eso.

Tal vez puede uno pensar que parte del descalabro político de la izquierda se debió a las alianzas electorales, que a finales del siglo pasado fueron fuente de ingresos de los partiditos paraestatales, y los membretes que se multiplicaron tras la reforma electoral de Jesús Reyes Heróles; y que desde hace algunas décadas dieron pie a la unión *contra natura* que ilustra una de las contradicciones más agudas de la izquierda mexicana: la alianza del Partido de la Revolución Democrática (PRD) con Acción Nacional (PAN).

Si les creemos, uno aspiraba a impulsar los movimientos sociales progresistas, y la otra aseguraba que “las doctrinas que fincan la solución de los problemas sociales en la luchas de clases son falsas, inhumanas y contrarias a las leyes más fundamentales de la vida social”. Ni uno ni otra se preocuparon demasiado por respetar lo que habían ofrecido en sus documentos fundamentales. Terminaron pactando alianzas que han producido engendros tan pragmáticos como inútiles.

Desde entonces, izquierda y derecha han compartido candidatos en más de veinte elecciones de gobernadores. Once de ellos ganaron. Otros acuerdos menores han permitido triunfos igualmente menores en varios estados y municipios. Pero no son nada, políticamente hablando.

La izquierda ha perdido el tiempo en polémicas y forcejeos entre tribus, cuando podía haber usado sus escasos espacios de poder para organizar a la sociedad civil, creando y fortaleciendo mecanismos que permitan a los ciudadanos vivir y crecer sin necesidad de la intervención directa del gobierno: enseñar a pescar en vez de dar pescado. Parece que nadie sabía cómo hacerlo.

En el caso del PRD, se perdieron treinta años. El último presidente de la organización, Ángel Ávila Romero, reconoció que el proyecto que hizo nacer y crecer a su partido ya se agotó, así que va a resucitar con un nuevo nombre, convertido en una oposición clara, ideológicamente, para “reconstruir desde cero”, con nuevos actores políticos, y “desechar lo que ya no le

sirva”.

Mientras eso pasa, el Movimiento Regeneración Nacional (Morena) se asume como representante de la nueva izquierda mexicana, y como referente moral de la Nación; y propone nuevas formas de hacer las cosas ante el malestar de quienes sólo saben hacer las cosas de una sola manera. Será cuestión de ver.

Pero no se puede olvidar que en las filas de Morena hay personajes que atacaron y reprimieron a organizaciones sociales en nombre del Estado, líderes sindicales corruptos, políticos que amanecen en un partido y anohecen en otro, aprendices de brujo, y otras bestias de la fauna política nacional.

Y resulta preocupante que esta nueva izquierda –al parecer– también padece el mal de las tribus, a tal grado que el propio presidente Andrés Manuel López Obrador les pidió a los militantes de Morena “que mantengan ideales y principios, porque lo que acaba a los partidos es el pragmatismo, la falta de principios, el buscar triunfar a toda costa, sin escrúpulos morales de ninguna índole, la ambición del poder por el poder”.

La advertencia de López Obrador es clara y contundente: “Que se ponga siempre por delante el interés de la Nación. Es muy lamentable que partidos que surgen defendiendo causas justas terminen muy mal”.

Las palabras del presidente me recuerdan una conversación que tuve hace algunos años con un militante de Morena, que en ese entonces era una organización recién nacida: “Los verdaderos enemigos de López Obrador no son de afuera: tiene que cuidarse de los que están adentro del partido, cerca de él”, me dijo mi amigo.

Sin ponernos de acuerdo, pensamos en un verso de César Vallejo, y lo traducimos a la circunstancia política que teníamos enfrente: *Cuídate, izquierda, de tu propia izquierda*.

Así era entonces y así es ahora. La alternativa es el fracaso. Otra vez el fracaso. Kafka habría dicho que la izquierda mexicana tiene una meta, pero no tiene un camino...



# Por qué ha fracasado la izquierda

David Sarnow

**J**erusalén.- Primero que nada hay que definir qué es izquierda, comunismo estalinista, o social democracia. Un sinnúmero de movimientos políticos han sido identificados con la izquierda. Desde el Nacional Socialismo, de Hitler, hasta el Stalinismo ruso, pasando por el Comunismo cubano, o el reformado Maoísmo; el Partido Demócrata, en los Estados Unidos, o el SDP en Alemania; el Chavismo de Venezuela (y su sucesor Maduro), o Salvador Allende, en Chile. El gobierno de Lázaro Cárdenas, o el sexenio de Luis Echeverría. Podemos mencionar decenas de partidos políticos y coaliciones gubernamentales que han pasado, unas para quedarse y otras para irse, y de alguna forma o en algún momento todas fueron identificadas como izquierda o con la izquierda.

Históricamente, el término izquierda se origina durante la Revolución Francesa, y en el tiempo en el que se estaba legislando la nueva constitución en la Asamblea Nacional, donde los liberales anti monárquicos se sentaban a la izquierda del que presidía la asamblea y los conservadores pro monárquicos a su derecha. Ese atrincheramiento físico en la Asamblea Nacional fue el que originó los términos de derecha e izquierda política. Los conservadores a la derecha y los liberales a la izquierda.

Dicho esto, hemos definido qué es izquierda y qué es derecha. ¿Pero de verdad lo hemos hecho? Hoy día, a nivel

económico, o como manejo del tipo de economía, los términos izquierda y derecha se refieren más bien a las economías socialistas o de beneficencia popular; y las capitalistas son las que abogan por el libre comercio y mucho menos regulación gubernamental.

A nivel político la historia es un poco diferente: la derecha se percibe como intransigente y nacionalista, mientras que la izquierda como tolerante y liberal. La derecha se percibe como intransigente, en función a su dureza en las negociaciones; y la izquierda más aceptante en políticas de derechos humanos, inmigración e internacionalización.

## *La historia de la izquierda en Israel*

A fines del siglo 19 empezó a desarrollarse en Palestina el movimiento activo que eventualmente sería el responsable de la creación del Estado de Israel. Siguiendo las huellas de la primera gran inmigración con la bandera del joven sionismo, la segunda "aliá" trae consigo las semillas que 50 años más tarde levantarían la bandera del nuevo estado.

Las primeras tres grandes inmigraciones son las que traen, entre otros, a los grandes ideólogos del sionismo-socialismo, los que más adelante fundarían las instituciones que crearían los cimientos del estado, en 1948. Esta ola migratoria se dedica a comprar tierras, a crear bajo el régimen turco los asentamientos conocidos como "torre y cerca", a crear

los asentamientos conocidos como kibutzim, granjas agrícolas regidas por un sistema socialista democrático, donde todo es de todos y todas las decisiones son tomadas por la comunidad en forma democrática.

La bandera de este movimiento socialista sionista, era principalmente el de despojarse del parasitismo de la diáspora, y convertir al "nuevo judío", en un individuo con herramientas para crear su propio futuro; tanto para defenderse, como para construir, con sus propias manos, su comunidad... y eventualmente su país.

En los años 20 del siglo pasado, los socialistas empezaron a controlar posiciones clave del Asentamiento Judío en Palestina, y para los años 30 tenían pleno control de todas las instituciones administrativas de aquél. Eso se llevó a cabo, principalmente, cuando lograron obtener el control de la Agencia Judía; y consecuentemente, también de la Federación de Trabajadores. Estas dos instituciones eran, de facto, las que controlaban el flujo del efectivo que llegaba al país, contribuido por los judíos del mundo, para asistir a la comunidad en Palestina.

Dando un brinco hasta los años 40, y sin meternos mucho en la historia del holocausto y la práctica desaparición de los judíos de Europa, llegamos al año 1947, y con él al preámbulo de la creación del Estado de Israel. Existe una pugna ideológica entre la izquierda y la derecha sionista. La izquierda (que está luchando contra el mandato inglés activamente), así como la derecha, deciden apoyar el proyecto de la partición de la ONU, el cual repartirá el territorio de Palestina entre un estado judío y otro árabe. La derecha decide repudiar el proyecto.

El 29 de noviembre de 1947, la ONU vota la partición del territorio y determina que el mandato británico acabará el 15 de mayo de 1948; y a raíz de esto, el 14 de mayo de mismo año, David Ben Gurión declara la creación del estado independiente judío: Israel.

La Asamblea del Pueblo determina que el primer ministro de la nueva nación será Ben Gurión, y todo el liderazgo político del nuevo país es de la izquierda obrera organizada. Muy temprano en la vida del país, el liderazgo de Ben Gurión se ve amenazado por la militancia de derecha, y resulta en el episodio más sangriento en la historia del país entre ciudadanos judíos; y en él se acaba hundiendo un barco que traía al país armamento para las milicias de derecha. Con el episodio Altalena queda cimentado



finalmente el estatus de las FDI, el nuevo ejército del joven país.

La derecha, liderada por el eterno líder de la oposición, Menajem Begin, queda relegada como fuerza política de oposición pequeña.

La izquierda de Israel lleva a cabo varios proyectos nacionales –antes de la creación del estado, durante su creación y ya existiendo el país– dentro de los cuales se encuentran la institucionalización de empresas y cooperativas que basan la economía del joven país. Dentro del marco de la creación de estas instituciones y bajo los auspicios de la Confederación de Trabajadores, la Histadrut, se encuentran bancos, como el banco Poalim o de los obreros, el Leumi, o banco nacional. Tnuva, cooperativa que se encarga de recaudar y repartir todo el producto lácteo que las granjas producen. Solel Boné, que construye carreteras y vivienda. El Instituto del Seguro Social: Bituj Leumi. El sistema colectivo de salud: Kupat Jolim; o la caja de los enfermos. Amidar, sistema de vivienda. Egged, cooperativa de transporte público y demás.

Todas estas instituciones, y otras muchas más, sobreviven de una forma u otra hasta el día de hoy. Estas instituciones fueron órganos básicos para la creación del estado y para el bienestar físico y económico de la población del país, y se manejaron, y manejan hasta hoy, como entes igualitarios-a la manera del socialismo. En su momento fueron pilares en la vida del diario de todos los habitantes del joven país, y hoy son columnas sobre las que gran parte de la población del país se apoyan.

Ben Gurión se establece como el único líder viable del país, hasta que decide retirarse; y su lugar es ocupado por Moshe Sharet, representante de la misma

izquierda, que sobrevive una cadencia tormentosa como primer ministro y al final acaba renunciando para dar lugar al mismo Ben Gurión, que es regresado al poder de su retiro. Ben Gurión maneja el país con mano de hierro, es reelecto y finalmente en el año 1963, acaba por retirarse definitivamente de la vida política, para dar lugar a Levi Eshkol, que es también miembro de la élite de izquierda. Después de 6 años como primer ministro, entre los cuales se cuenta la Guerra de los Seis Días, en 1967, en la cual Israel extiende sus territorios ampliamente y ocupa aparte de las Alturas del Golán y el Desierto del Sinaí, toda la Margen Occidental del país, la cual incluía entonces como Cisjordania, la cual incluía Jerusalén Oriental, la Ciudad Vieja y todas las colonias árabes, así como los campos de refugiados que existían desde la creación del estado en el 1948. Israel ocupa al término de la guerra también, y entre otras, las ciudades de Nablus, Ramalah, Hebrón, Jericó y Belén.

El control político de la izquierda es total también a través de los siguientes años, llenos de acontecimientos sociales y políticos. El país vive del 68 al 70 una guerra de atrición: más de mil muertos en acción en las nuevas fronteras, especialmente aquellas que fueron producto de la guerra de los Seis Días y que empujaron las fronteras a la margen del río Jordán y del Canal de Suez.

En octubre del 73 se produce el primer gran sismo, que mellará la enorme coraza del socialismo israelí; aunque antes, el gobierno de Golda Meir, que sustituyó a Levi Eshkol a su muerte, en febrero del 69, sufre un golpe social con el movimiento de las Panteras Negras. Jóvenes inmigrantes de Marruecos, que, siendo marginados por el sistema,



empiezan a exigir al gobierno igualdad social. Estos jóvenes, inmigrantes que llegaron al país unos pocos años antes como niños, sienten que el sistema los está dejando atrás. Su condición social está muy lejos de las oportunidades de las que gozan los jóvenes de su edad, que son hijos de inmigraciones anteriores, y de extracción askenazí, y pertenecen a sociedades urbanas de los grandes centros poblacionales, o son miembros de los kibbutzim, que a estas alturas son la élite del país, tanto ideológica como social y económicamente.

A raíz de la crisis política creada por la Guerra de Yom Kipur, Golda Meir y la mayor parte de su gabinete, renuncian en 1974 al gobierno; y lo ceden a Itzjak Rabin, quien recientemente había vuelto de ser embajador en EEUU, después de ser el Comandante en Jefe de las FDI, estando en el puesto durante la Guerra de los Seis Días.

Rabin, a su vez, preside el gobierno a través de cambios dramáticos en la política del país, donde el Partido Religioso Nacional vira drásticamente a la derecha, después de haber sido eternos socios en la coalición gubernamental de los socialistas, durante toda la existencia del país. La toma de las riendas del partido religioso por parte de la nueva generación, significa una búsqueda de política más militante en cuestiones de colonización de la margen occidental, y línea dura con la población palestina del país. Por primera vez chocan las dos culturas (el sionismo socialista y el sionismo religioso), y a raíz de una investigación periodística que descubre que la pareja Rabin mantenía cuentas bancarias en contra de la ley de divisas del país, Itzjak Rabin renuncia y se convoca a elecciones en mayo de 1977.

#### *La izquierda como término peyorativo*

A partir del primer gobierno de derecha, formado por Menajem Begin, a raíz de su victoria electoral de mayo del 77, la retórica política cambia drásticamente en el mapa social del país. La terminología y la lengua electoral se vuelven mucho más agresivas y desencadenan una guerra verbal electoral, que culmina en las elecciones de 1981, en las que los dos candidatos al liderazgo del país, Peres y Begin, intercambian insultos con tonos étnicos y racistas, en los cuales se refieren a sus públicos en términos peyorativos por demás.

Aquella fue la primera campaña electoral en la cual se siente en el país la división entre derecha e izquierda, como en-

tes no sólo políticos, sino de extracción racial. Los judíos orientales, originarios de los países árabes y africanos, en contra de los judíos originarios de Europa. Los europeos en el papel de los izquierdistas elitistas, y los judíos afro-árabes, que se vuelven representantes de la derecha, ciudadanos que apoyan al partido Likud, que se vuelve el baluarte de la derecha y que empieza a tomar la forma del partido que va a dominar la política del país. Pero ese proceso tomaría más tiempo todavía.

Los años 80 conocen tres eventos políticos que marcarán al país: en 1982 sale Israel a su primera guerra, que no es de supervivencia: la guerra del Líbano, que dejará una grieta profunda en la sociedad y en el sistema político. Israel pasa de ser un pequeño país buscando sobrevivir de las garras de sus vecinos, a un país que ocupa, por decisión, una franja bastante grande de un país soberano; y lo hará activamente, de una u otra forma, durante los próximos 18 años.

A raíz de la nueva política económica implementada por el gobierno de derecha de Begin, formado en el 77, entra el país en un espiral hiper-inflacionario, llevando en un momento dado, al alza de incluso 400% anual de precios. Aunado a la dimisión, en 1983, de Begin y su decisión de no nombrar un heredero en el partido, se presenta un caos en el país, que resulta en dos elecciones seguidas que no dan un claro ganador; y el país, en las dos ocasiones, se obliga a someterse a dos gobiernos de unidad nacional, que más que llevar al país adelante, lo mandan a una crisis política indefinida, en donde los temas que más acatan al país quedan sin resolución. Rotación en la oficina del primer ministro y una clara falta de iniciativa para terminar la ocupación de Líbano, son las marcas de esos gobiernos, que duran en aquel estatus quo hasta que Shamir, del Likud, decide terminar con el gobierno de unidad, y regir por sí solo hasta las elecciones de 1992.

En diciembre de 1987, sucede un acontecimiento en la franja de Gaza, que determinará el curso político del país durante la siguiente generación: el comienzo de la Intifada. El movimiento de resistencia de los palestinos en contra de la ocupación israelí en la franja de Gaza y la Margen Occidental, dejará más incertidumbre en el campo político del país.

Por primera vez desde 1977, en 1992 se crea un gobierno de izquierda, con Itzjak Rabin como primer ministro, que

viene a romper la cadena de 15 años de gobierno (o co-gobierno) del Likud.

Rabin toma decisiones políticas de alto riesgo: firma, en septiembre de 1993, el tratado de Oslo, que permite el regreso de Arafat y la OLP a territorio israelí, con el propósito de, eventualmente, crear un estado palestino, tras un período de transición, en el cual Arafat rige en partes de la Margen Occidental y de Gaza. Aproximadamente un año después inicia Hamás, la oposición política militante a Arafat y la OLP, una campaña de terror en la que miembros del movimiento se inmolan en explosiones suicidas, con un muy alto saldo de víctimas. La oposición de la derecha es manifiesta de forma tal, que dos años después Rabin es asesinado, culminando una campaña de retórica agresiva de la derecha con tonos inflamatorios y muy violentos. Un militante de la extrema derecha es quien asesina a Rabin, pero el dedo sobre el gatillo pertenece a todo un campamento, que durante más de dos años no dejó de presentar la violencia como alternativa al proceso político. En 1992, al perder Shamir las elecciones, es electo Netanyahu como líder del Likud, y es él quien dirige esta campaña retórica y agresiva en contra del gobierno.

#### *Izquierda económica o izquierda política*

El gobierno de Itzjak Rabin, formado en 1992, dista mucho de ser un gobierno socialista, a pesar de ser llamado de izquierda. Y es aquí donde la izquierda sufre una verdadera crisis en su identidad. La política económica se torna totalmente neoliberal, y el gobierno entabla una campaña de privatización de las empresas paraestatales, línea que los gobiernos de derecha habían empezado a tomar, pero de forma mucho menos agresiva.

Aquí se acaba el socialismo económico en el país; y el término izquierda empieza a aplicar única y exclusivamente al proceso político. En adelante las diferencias entre izquierda y derecha en el país se referirán exclusivamente al proceso de paz con los palestinos, y a la profundidad de las concesiones que cada lado del mapa político estará dispuesto a ceder.

Cabe mencionar que la izquierda del país, en su versión original, creó el país: salió a la guerra en la Campaña del Sinaí en 1956, y extendió las fronteras del país en la guerra de 1967. Por su parte, la derecha llevó a cabo las primeras negociaciones de paz con algún país vecino, que culminaron con el tratado de paz de Camp David en 1979, firmado por Egipto

to y su presidente Sadat, y Begin por parte de Israel.

A raíz de la elección de Netanyahu en 1996, la retórica en el país cambia dramáticamente: Netanyahu, como líder, no abandona su línea dura de división; su mantra inicial es de confrontación con la prensa y la mitad de la población. Se rige por eslogans: “ellos y nosotros”, “izquierdistas derrotistas”, “tienen miedo”, “los que nos quitaron”, y demás. Comienza una línea dura que resulta en confrontaciones armadas con la Autoridad Palestina recién creada, toca nervios muy sensibles en cuestiones de religión y sus muchos sitios sagrados, y define como enemigo a Arafat. Decide que no hay socio viable entre los palestinos y trata de terminar con el tratado de Oslo. Su primera gestión como primer ministro acaba en una derrota muy marcada frente al candidato de izquierda, Ehud Barak, que promete durante su campaña electoral sacar al ejército de Líbano al término de un año de ser electo.

Barak entra al gobierno y no hace ningún intento por establecer una política económica más socialista, así que el candidato de izquierda resulta, otra vez, no ser de izquierda. En mayo del 2000, a un año de ser electo, saca a todas las tropas de Líbano, cumpliendo su promesa electoral. Muy pronto su gestión se vuelve no viable, cuando sus socios religiosos abandonan la coalición; y en octubre del 2000 se desata la segunda Intifada. La población árabe israelí se levanta en un grito y exige términos de igualdad social y política y son enfrentados con violencia policiaca. Al mismo tiempo, los palestinos se levantan en un nuevo movimiento que llevará a una ola de terror, que resultará en más de mil 500 muertos civiles israelíes y decenas de miles de heridos por bombazos, ataques armados, escaramuzas en carreteras y demás. Barak acaba llamando a elecciones tempranas y es sustituido por Ariel Sharon, como primer ministro.

Sharon, general retirado y uno de los baluartes de la derecha del país, es electo en una plataforma de “paz y seguridad”. Su gestión se ve marcada por tres acontecimientos principales. La continuación de la Intifada, que resulta en la famosa construcción de la barrera divisoria en la margen occidental, la retirada de las tropas israelíes, y el desmantelamiento de los asentamientos en la Franja de Gaza; y la creación de un nuevo partido político, que emanó de los dos lados del pasillo: Kadima, adelante, que fue formado por moderados



de los dos partidos grandes del país; y por primera vez rompe con los cánones de socialistas y derechistas.

Sharon sufre una embolia cerebral semanas antes de las elecciones de 2006 y su lugar es ocupado por Ehud Olmert, quien fue militante de Likud toda la vida, y éste entabla negociaciones para resolver el asunto palestino frente a la Autoridad Palestina, quien es presidida, después de la muerte de Arafat, por Mahmud Abbas, conocido como Abu Mazen. Olmert establece una línea política muy central. Muy pronto es probado su liderazgo, cuando en junio de ese año un soldado es secuestrado por Hamás en la frontera con Gaza, y muy poco tiempo después, dos soldados más son secuestrados en la frontera norte con el Líbano por parte de Hezbola.

Olmert entabla una campaña militar en Líbano, conocida como la segunda guerra de Líbano. Olmert había hecho coalición con el partido laborista y su líder, Amir Peretz, quien tomaría el portafolio de defensa. Infinitas críticas de parte de la prensa y de la derecha, una investigación sobre actos de corrupción y el reto a su liderazgo dentro del partido obligan a Olmert a llamar a elecciones prematuras y a él a anunciar que debido a su estatus legal no sería el candidato del partido.

En febrero del 2009 es electo, de nuevo, Netanyahu. Desde entonces y hasta hoy, la falta de unidad, la retórica divisoria de Netanyahu, la calificación peyorativa de la izquierda como ente traidora, el “ellos y nosotros”, y el populismo activo de la derecha del país, aunado a un culto personal que se ha desarrollado en la política del país hace años, son básicamente las razones por las cuales la izquierda no puede desbancar a Netan-

yahu, ni tomar las riendas del poder.

La categorización de la prensa como izquierda, de la izquierda como el enemigo, la oposición como traidor a la patria, el líder como el único capaz de gobernar, el proceso de paz como el mayor peligro para la existencia del país, las elecciones como vehículo para promover odio y división, y el vecino como peligro existencial si no piensa como tú, toda esta mezcla conlleva a una paranoia colectiva que define la tendencia política del país.

La izquierda en Israel no existe. En las elecciones pasadas, el partido laborista y la izquierda sionista obtuvieron 11 escaños de 120 (menos del 10% del voto popular), y aún así, la izquierda es marcada como la culpable de todos los males del país, según el líder. Y el líder, Netanyahu, se plantea como la única opción, como el mesías, el gran salvador de la nación. Ni sus expedientes criminales, ni su debilidad política hacen mella en el apoyo popular. La democracia es un vehículo para lograr metas, no es un sistema de gobierno. Así lo ve el pueblo.

Los medios de las redes sociales y la media alternativa han tenido un impacto muy fuerte en el sentir de la población. Los medios de comunicación no tienen auto censura, se han vuelto medios de propaganda y no medios informativos. Es el precio que se paga por la libertad. Y al final esa libertad nos cuesta la verdadera libertad, que es la que nos da información real y objetiva.

Israel es un microcosmos de la situación mundial, no importa qué digas, o cuánto mientas. Lo importante es decirlo suficientes veces, y gritarlo.

Siempre habrá alguien que lo crea.

\* *Periodista. Yedioth Ajronot, Israel.*



# Las izquierdas en el poder: una reflexión

Andrés A. Fábregas Puig

**G**uadalajara.- Desde que Mira-beau describiera la distribución de los miembros de la Asamblea Nacional en Francia como una “Geografía Política” (1789), se difundieron los términos “izquierda” y “derecha”, para clasificar ideologías en pugna en los ámbitos políticos. Como toda clasificación, la anterior adolece de exactitud y de una característica inmóvil y universal. Más bien deberíamos decir “las izquierdas” y “las derechas”, además de concretar de qué contexto hablamos. Por ejemplo, en América Latina, se dicen gobiernos de “izquierda” a los encabezados por Maduro, en Venezuela, Díaz-Canel en Cuba, Ortega en Nicaragua, Morales en Bolivia y Vázquez en Uruguay, además de López Obrador en México. Es cierto que podría encontrarse una serie de características comunes entre esos gobiernos, pero más bien, hay que entenderlos en sus contextos concretos incluyendo responder a la pregunta de cómo llegaron al poder. En ese sentido, me permito señalar que para caracterizar a las “izquierdas” necesitamos encontrar los rasgos comunes a las ideologías que así se clasifican y ver las correspondencias pertinentes y las diferencias.

En general, las ideologías de izquierda plantean llegar al poder para utilizar al Estado como promotor del bienestar social, disminuir la pobreza, garantizar la libertad de expresión, garantizar los servicios de salud para toda la población, garantizar una educación de calidad y gratuita; pugnan por vivienda digna para la población y en general, priorizan los programas de políticas públicas que beneficien a los sectores de población más desprotegidos. Hacen énfasis en que el Estado debe ser el rector de la economía y no dejar a que la “mano invisible” del mercado guíe los pasos del gobierno y la sociedad. Por supuesto, según los contextos concretos en que opere un gobierno de izquierda, se tendrá mayor cuidado en poner en práctica

a determinadas políticas públicas. Los analistas de los gobiernos de izquierda generalmente apuntan como explicaciones de sus fracasos, a causas internas, a decisiones que llevan a la quiebra económica del país que gobiernan, a que golpean a los sectores empresariales, a que tienden a instalar dictaduras y eliminan las expresiones que consideran contrarias, además de perjudicar a los sectores de clases medias. En el actual período de gobierno que vive México, esas suelen ser también las críticas más comunes que se vierten a través de los medios masivos de comunicación.

Sin idealizar a los gobiernos de izquierda, mi punto de vista es que además de causas internas, como las de no llevar a cabo las medidas que anuncian; o bien, claudicar de los propósitos de cambiar las sociedades y combatir las causas de la desigualdad social en el contexto de las economías políticas dominantes, un factor decisivo para explicar el fracaso de los gobiernos de izquierda en América Latina y el Caribe es la intervención externa; en este caso, del gobierno de los Estados Unidos. Me parece que en los análisis de la vida política latinoamericana (y caribeña) no es posible desdeñar ese factor. Veamos algunos casos.

En 1945 ocurrió la llegada al poder en Guatemala, del Primer Presidente de la República electo en las urnas: Juan José Arévalo Bermejo. Fue etiquetado de izquierda por llevar a cabo reformas que beneficiaban a los sectores más desvalidos de la sociedad guatemalteca, además de decretar la libertad de prensa. Durante su mandato sucedieron más de 30 intentos de golpe de Estado, encabezados por la derecha de su país, con la simpatía de los gobiernos norteamericanos. Finalmente logró terminar su período y la sociedad guatemalteca volvió a elegir como presidente de la República a un personaje que garantizaba la continuación de las reformas de Arévalo:

Juan Jacobo Arbenz. El nuevo Presidente guatemalteco, electo también en las urnas, no sólo persistió en las reformas de su antecesor, sino que tocó los intereses de la poderosa United Fruit Company, “Mamá United”. El contexto internacional era el de la llamada “guerra fría”, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, lo que sirvió de justificación al gobierno norteamericano para planear un golpe de Estado, bajo el supuesto de que “se instalaría una cabeza de playa soviética en América” si se dejaba a Arbenz llevar a cabo las reformas anunciadas. El golpe de Estado se planeó a través de una operación militar encubierta dirigida por la CIA, de la que Allen Dulles, accionista de la United Fruit, era director. La operación tuvo la clave: PBSUCCESS y fue encabezada por el Coronel Carlos Castillo Armas, comprado por la misma CIA. Es decir, el gobierno de izquierda no tuvo las posibilidades de desarrollar su proyecto, aprobado por la mayoría de la sociedad en las urnas.

El primero de enero de 1959, Fidel Castro, al mando de su tropa, hizo su entrada a la Ciudad de Santiago, proclamando el triunfo de la Revolución Cubana. Se producía así, uno de los acontecimientos más importantes no solo en el Caribe sino en toda América Latina, al instaurarse un gobierno que derrocó a la dictadura de Fulgencio Batista. Solo dos años después, cuando se habían llevado a cabo reformas y cambios que disgustaron al gobierno norteamericano, en esos años encabezado por el presidente John F. Kennedy, en 1961, se llevó a cabo la invasión a Bahía Cochinos (o Playa Girón), en la Isla de Cuba. Exilados cubanos, entrenados y pertrechados por el ejército norteamericano, hicieron el intento de derrocar al gobierno y de instalar el antiguo orden de los financieros hoteleros, pero fueron derrotados en menos de 65 horas. El gobierno de Castro propuso al de los Estados Unidos el intercambio de los más de mil prisioneros por trac-



tores. En la historia política de América Latina, Cuba es el único ejemplo de un gobierno de izquierda que ha perdurado, no obstante las presiones como las del bloqueo económico decretado por los Estados Unidos. En este caso, me parece que el giro que tomó el régimen político cubano no puede entenderse sin tomar en cuenta la actitud de los Estados Unidos, y la presión cotidiana que significa el bloqueo. El nacionalismo de la sociedad cubana explica en mucho el éxito del gobierno en sostenerse por más de medio siglo, contando con el respaldo de la mayoría de la población.

Para continuar en el Caribe, es ilustrativo el caso de la Isla de Granada, en la que el 13 de marzo de 1979, a través de un golpe de Estado, llegó al poder Maurice Bishop. No tardó en ganarse el respaldo popular e iniciar un programa de reformas y de instalación de una industria turística de grandes alcances, incluyendo la construcción de un aeropuerto, para recibir a las aeronaves comerciales. A Ronald Reagan, presidente de los Estados Unidos, le pareció que el dicho aeropuerto se construía para recibir los aviones militares de la Unión Soviética, y eso constituía un peligro para la seguridad nacional de su país. La turbulencia política que se desató, llegó al extremo de provocar otro golpe de Estado, lide-

rado por el viceprimer ministro del gobierno de Bishop, Bernard Cord, que se hizo del poder y asesinó a Bishop, bajo manifestaciones intensas de protesta de la población granadina. El 25 de octubre de 1983, tropas norteamericanas, acompañadas de soldados de las Bahamas y de Jamaica, invadieron la Isla de Granada, con el pretexto de que defendían a un grupo de estudiantes norteamericanos de medicina en la Universidad de Saint George. Se consumó así otro golpe de Estado contra un gobierno etiquetado de izquierdista. La protesta internacional fue muy amplia, e incluyó al propio Congreso de los Estados Unidos. Hoy, la Isla de Granada es prácticamente una suerte de protectorado de los Estados Unidos.

Finalmente, el caso chileno. En la República de Chile, desde el inicio de la década de los 1970, el agrupamiento político conocido como la Unidad Popular, había ganado una amplia aceptación en la sociedad chilena, ante la preocupación de los sectores de derechas, que lo concebían como un peligro para sus intereses. En los Estados Unidos, Richard Nixon, presidente del país, aconsejado por su canciller Henry Kissinger, habían estado financiando a la derecha chilena, para que impidiera la llegada de Allende a la presidencia de la República, lo que ocu-

rió en las elecciones de 1970. Desde los más altos niveles del poder político en los Estados Unidos, se siguió alentando y financiando a la derecha chilena, para que, junto con altos mandos militares de las fuerzas armadas chilenas, planearan un golpe de Estado. El 11 de septiembre de 1973, el general Augusto Pinochet, encabezó a las tropas chilenas en el derrocamiento de Salvador Allende y su posterior asesinato a sangre fría. El golpe de Estado puso punto final al gobierno de la Unidad Popular, electo en las urnas por la sociedad chilena.

Con los anteriores ejemplos y en el breve espacio disponible, he querido enfatizar que los fracasos de los gobiernos de izquierda en América Latina no se deben exclusivamente a factores internos, que seguro que los hay, sino que, en todo análisis, se debe tomar en cuenta la intervención externa.

Para una época, es imprescindible entender el contexto de la Guerra Fría, y posteriormente, los nuevos contextos internacionales geopolíticos y los encuadres precisos de América Latina y el Caribe. Sin estos análisis, se queda trunca la explicación y se favorece una imagen de ineptitud de la izquierda latinoamericana, que no siempre es verdadera.

\* CIESAS-Occidente.



# Sobre el fracaso de la izquierda

Xóchitl Patricia Campos López



**Puebla.-** Cuando observamos que los gobiernos liderados por partidos de izquierda pierden la preferencia del electorado frente a propuestas más agresivas contra inmigrantes, minorías raciales, programas sociales, etcétera, salta la pregunta: ¿por qué fracasan?, ¿frente a quién fracasan?

Pese a que en algunos núcleos académicos el binomio derecha-izquierda ha sido rebasado para analizar la realidad política, existen partidos políticos y gobiernos que se identifican en uno u otro de estos campos. Así, mientras la derecha apela a la sociedad jerárquica y orgánica –lo que implica desigualdad social “natural”–, defensa de la propiedad privada sobre la colectiva y la social, la libertad de mercado y de grupos intermedios frente a un Estado limitado; las izquierdas promueven los derechos sociales, mediante el acceso a bienes y servicios públicos, la secularización, así como un Estado capaz de regular al mercado, en pos de una correcta redistribución, tanto de la riqueza como de la renta.

En este sentido, para quien se asume dentro del campo ideológico de la izquierda, las diferencias económicas, de acceso a servicios básicos y a los bienes del mercado, exigen estrategias que, al tiempo que convengan a las mayorías, satisfagan también a sus detractores. La dificultad se potencia en contextos glo-

bales de desigualdad económica y social, en los que opera un mercado que, bajo el signo de las derechas, ofrece la posibilidad de nivelar tales disparidades.

Actualmente, aun cuando el discurso de la confrontación entre clases sociales ha caído en desuso, no está por demás recordar la vigencia de los actores protagónicos en los procesos de producción: los medios de producción, sus propietarios y los trabajadores; de manera transversal, aparece la clase media. Estas categorías pueden ser oportunas para advertir las omisiones en el discurso y en las estrategias de los gobiernos de izquierda.

Es útil recordar que las clases sociales pueden interpretarse como parte de una estructura, o bien como parte de un proceso a través del cual los individuos entran en contacto con otros que desempeñan el mismo rol en los procesos de producción, generando así una identidad, gracias a la identificación de intereses propios de su estatus. De esta suerte, la conciencia de clase determina la manera en que un colectivo y cada individuo que lo conforma se conduce frente a los actores políticos y económicos, lo que resulta vital para comprender las decisiones de los gobernantes, a fin de mantener la estabilidad.

Así, por ejemplo, si un individuo se asume como miembro de la clase media, su estabilidad económica descansaría en

inversiones o en rentas de fincas u otros inmuebles. De esta suerte, tanto él en su momento, como sus hijos, disfrutarían de estudios profesionales, acceso al arte, e incluso podrían desarrollar cierta simpatía, sentimiento de subsidiariedad hacia las clases trabajadoras. Pero si su poder adquisitivo depende de su salario, aun cuando sea relativamente alto, tendría que preocuparse ante un contexto sumamente cambiante, en el que incluso la empresa donde trabaja podría desaparecer. Si su capacidad para sostener su nivel de vida es dudosa, si ha contraído deudas cuyo pago depende de su empleo, entonces debería preguntarse si pertenece a la clase media.

La clase trabajadora, por su parte, debe afrontar un mundo global, en el que los empleadores son extranjeros que se rigen por un sistema jurídico complejo; algunos centros de trabajo son virtuales, crece el autoempleo, que tras la apariencia de autonomía, significa auto explotación. Este fenómeno, conocido como precariedad laboral, aunado al creciente individualismo propio del liberalismo económico, genera aspiracionismo, debido a un falaz poder adquisitivo, consumo irresponsable, así como incapacidad de identificar sus intereses de clase y su posición frente a los medios de producción. En estas condiciones, los trabajadores pierden identidad y posibilidades de cohesión.

La separación inicial entre la clase media y la trabajadora alimenta fracturas que generalmente los gobiernos de izquierdas intentan controlar con medidas como aumento de impuestos en algunos bienes y servicios, en detrimento de la clase media, y desarrollando programas sociales y cobertura de servicios públicos que benefician a la clase trabajadora. Mientras esto ocurre, quienes pueden fungir como vanguardia de la clase trabajadora desarrollan patrones de trabajo, de consumo y de vida social que los opone a quienes se esperaba que apoyaran en la consecución de sus intereses.

El elemento decisivo para afrontar esta brecha es la clase trabajadora y el vínculo que pueda tender con la clase media como su vanguardia; sin embargo, se aprecian limitantes a esta relación. Una es la desaparición paulatina de la identidad y de la conciencia de clase, lo que de manera natural impide la organización para promover sus intereses e incidir en las instituciones jurídicas y políticas. Aunado a esto, algunos estudiosos observan cómo los partidos de izquierda van minimizando (e incluso ignoran) a las clases trabajadoras en su retórica; y optan por seducir a un electorado amplio, a costa de atemperar su discurso y de transigir con sus propuestas, mientras sus miembros más aventajados intentan conducirse como la clase

media, misma que va disminuyendo, bajo las decisiones de gobiernos complacientes con el capital. Detrás de esta realidad aparece la diversidad de formas del capitalismo y del individualismo en un marco global.

El mercado capitalista mundial propone un sinfín de estilos de vida y los acompaña de productos al alcance de potenciales consumidores, a quienes ofrece el ideal de la clase media como última aspiración, al tiempo que limita seriamente el acceso a la propiedad o a los medios de producción en condiciones que permitan su reproducción.

El mercado capitalista ha impuesto un tiempo funcional. Mientras los trabajadores sufren bajo diversas formas de explotación, consumen de acuerdo al tiempo funcional impuesto por el mercado capitalista. Los salarios aumentan para un sector de la población que posee capacidades particulares, sobre todo en países en desarrollo, y al mismo tiempo que incrementan su nivel de vida arriesgan su seguridad financiera; todo ocurre ante los dueños del capital, quienes tienen bien definidos sus intereses y poseen una conciencia y una posición propias frente al proceso de producción e inciden en los procesos de toma de decisiones gubernamentales. Como bien apunta Raffaele Simone, el capitalismo es en realidad un monstruo amable que no destruye, pero atrofia.

Entonces, si las desigualdades económicas y de acceso a oportunidades son persistentes y van en incremento; si las clases medias se ven reducidas; si los trabajadores sólo pueden acceder a bienes y servicios que no les aseguran un desarrollo personal y material, ¿por qué y ante quién fracasa la izquierda?

La izquierda no fracasa: sus contenidos y reivindicaciones son vigentes y se reproducen. Fallan los gobiernos y los partidos de izquierda y caen como resultado de los embates del capitalismo y de su propia negligencia. Mientras los partidos de derechas y el mercado presentan como el logro máximo la pertenencia a la clase media, caracterizada exclusivamente por el ingreso y el poder adquisitivo, los partidos de izquierdas desatienden aquello que deberían cultivar: la identidad entre las distintas manifestaciones de la clase trabajadora, la organización y jerarquización de sus intereses, la acumulación de experiencias para generar una conciencia de clase que permita a los trabajadores desplegar estrategias encaminadas a la seguridad económica desde el Estado; y formar una vanguardia acorde a los valores propios de su clase.

\* Profesor-Investigador de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.



# ¿Por qué cayó la izquierda en el mundo democrático occidental?

Alberto Spektorowski

**T**el Aviv.- ¿Quizá la pregunta tendría que ser en qué se transformaría, o cuál es el sentido de la palabra izquierda política en la actualidad? ¿Se considera izquierda por ejemplo a las representantes americanas denominadas *The Squad*, en el Partido Demócrata americano; a Bernie Sanders y/o a Elizabeth Warren? ¿Es Jeremy Corbyn el representante de una nueva izquierda europea, o son movimientos semi-populistas (como 5 Estrellas en Italia, Syriza que ha gobernado Grecia por cuatro años, o Podemos en España)?

Si estos movimientos políticos, algunos de tendencia anti sistema, son considerados de izquierda, no creo que podamos estar hablando de la desaparición de la izquierda en el mundo occidental desarrollado.

Para observadores más ortodoxos, sin embargo, cuando se habla de izquierda en el mundo occidental la connotación más inmediata son los partidos socialistas, o social demócratas; o de última, los partidos comunistas. En Portugal y en España, el socialismo (o mejor dicho, una forma de socialdemocracia liberal) permanece vigente; y si uno ve el panorama de la socialdemocracia en este país, el bloque de la socialdemocracia (y su líder Mette Frederiksen) ganó 91 de 170 bancas en el parlamento, mientras el Partido Populista de Derecha (Danish People's Party DPP), tuvo su peor resultado en mucho tiempo.

¿Qué nos dice esto? A primera vista, esto sería algo que los partidarios de las izquierdas deberían ver con alegría. Sin embargo, en estas líneas queremos resaltar el problema central. El éxito de la socialdemocracia dinamarquesa es un síntoma de la crisis de la izquierda, dado a que en parte su victoria electo-



ral se da porque adoptó el discurso anti inmigrante de la derecha nacionalista. Más que un plan de integración para los nuevos inmigrantes, la propuesta de la socialdemocracia dinamarquesa es enviarlos nuevamente a sus países de origen. Con ese mensaje la SD dinamarquesa aparentemente recupera el voto de las clases populares, que se volcaron a la derecha, y los pasos que ha dado se definen como pasos contribuyentes a la "normalización de la derecha".

Esto nos lleva a la pregunta de por qué la izquierda democrática no le puede hablar hoy a las clases populares.Cuál es su identidad y por qué esta pregunta resuena hoy más que nunca.

No es nada nuevo remarcar las crisis de identidad que ha sufrido y sufre la izquierda socialista, porque fue bastante común en la historia del socialismo marxista. Las crisis entre la socialdemocracia y el comunismo ortodoxo. El surgimiento del marxismo-leninismo y el del fascismo, con raíces en la izquierda socialista, son claras muestras de las crisis de identidad en su historia. La crisis de hoy quizás sea una más. La pregunta que nos hacemos, sin embargo, es si la crisis actual es terminal; y si sí lo es, ¿por qué?

Profesores como R. Ingelhart han manifestado desde hace más de 3 déca-

das que las sociedades modernas occidentales han pasado de una agenda materialista a una agenda post materialista. Eso provocó que los partidos socialistas abandonaran una agenda pro obrera, para abordar otra basada en defender derechos de minorías étnicas, derechos de lesbianas y homosexuales, y derechos ambientales. Más aún, dado a que la modernización económica y la globalización son indetenibles, el socialismo democrático pasaba a ser representante de una clase media inteligente, culta, metropolitana y liberal.

Estas nuevas élites, muy exitosas y de gran movilidad, ya fueron definidas por el filósofo americano Christopher Lasch como 'élites en tránsito', siempre en los aeropuertos, conectados con la aristocracia tecnológica de otras sociedades, más que con los 'pobres' de sus propias sociedades. La idea entonces era que la clase proletaria desaparecería en las sociedades occidentales, dado a que la producción industrial se volcaba a la China o a países en desarrollo, y entonces la nueva 'clientela' política de los partidos progresistas de izquierda pasaría a ser precisamente esta nueva clase 'merito-tecnocrática' de corte liberal, sumado a nuevos votantes provenientes de los grupos inmigrantes y de minorías culturales. Este último punto ya apuntaba a que el nuevo socialismo debería respetar teorías multiculturales; y eso fue lo que hizo, por ejemplo, el laborismo británico bajo Toni Blair. Una asociación entre élites tecnocráticas: modernos trabajadores de informática y minorías, pasaron a ser la nueva clientela política del socialismo.

Muchos socialistas de izquierda moderna acompañaron estas tendencias. Entre los nuevos temas estaba el urgente tema del medio ambiente, que también concentraba a un importante número de votantes. Los resultados electorales de los Verdes pro europeistas, que son un

nuevo tipo de nueva izquierda, fueron muy buenos porque canalizan un importante sector de las poblaciones europeas. Sin embargo, en las elecciones parlamentarias europeas de 2019, también quedó de manifiesto que el Populismo de Derecha era el otro sector político en crecimiento; y que los partidos convencionales, tanto de Centro Derecha, como de Centro Izquierda, estaban en proceso de debilitamiento.

Aquí entra el problema que no encuentra solución. Los temas ambientalistas, aunque importantes para todo el mundo, son difíciles de racionalizar para la ex clase trabajadora, los denominados hoy "perdedores de la globalización". Estos sectores de la población han pasado de la política de 'clase social', que podía ser manejada por partidos socialistas o comunistas, a una 'política de la rabia', que es mucho mejor manejada por los movimientos populistas.

Como bien lo describe Ivan Krastev en su libro *After Europe*, la meritocracia son los que mejor representan a los ganadores en la globalización; y son cada vez más odiados por lo que a ellos más les enorgullece: haber abierto la sociedad a la diversidad. En contraste, lo que ofrecen los populistas no es una solución a los problemas de la gente, sino intimidad entre líder y pueblo. El populista, como el comunista en el pasado, ofrece comunidad, un sentimiento que en la época mala el líder está entre la gente. Para entender la catástrofe conceptual de la izquierda progresiva con respecto a sus ex votantes, que ahora se alinean con los partidos populistas, no hay como leer la brillante novela de Didier Eribon: *El retorno a Reims*; el estudio del geógrafo Christophe Guilluy: *La Francia periférica*; o el último libro de Michel Houellebecq: *Satarine*.

Eribon describe en primera persona su propia evolución personal, como homosexual en una familia de trabajadores franceses votantes del Partido Comunista, a su nueva tribu de izquierda intelectual progresiva, que contrasta con sus padres, quienes pasaron de ser votantes del Partido Comunista, al Frente Nacional de Le Pen. La magnífica descripción literaria demuestra la falta de alternativa que tiene gente con poca educación y no adaptada al mundo moderno. El Partido Comunista en el pasado les brindaba una sensación de comunidad dentro de la política de clases. Hoy en día es el Frente Nacional la alternativa de una comunidad republicana que habla en su nombre y los defiende de la nueva clase de modernistas liberales, que les traen



tecnificación y modernización cultural. Estos últimos hablan en nombre de los inmigrantes, del cambio cultural y de las fronteras abiertas. En ese sentido, a pesar de las diferencias, tanto el presidente liberal Emmanuel Macron, como sus contrarios del socialismo democrático moderno, hablan el mismo idioma de "Harvard" y de su concepción del mundo moderno de hoy.

Militantes de izquierda contrarios a este desarrollo, y que tampoco aceptan caer en un populismo racista, quieren rescatar el mensaje económico y social de la vieja izquierda, sumándose a *Podemos* en España, al movimiento *5 Estrellas* en Italia, o a *Syriza* en Grecia.

En Estados Unidos, movimientos rebeldes como Antifa, o los que salieron contra Wall Street, representan un nuevo anarquismo rebelde, aunque no se sabe de qué alcance, por su falta de organización. En las universidades anglosajonas, lo que se puede llamar un estudiantado progresivo, defiende los espacios protegidos y está en contra de la 'libertad de expresión' que pueda ser ofensiva para estudiantes de 'minorías débiles'. Si en el pasado la defensa de las minorías se manifestaba en la izquierda en las batallas por la libertad de expresión, ahora es lo contrario. Para los críticos, el populismo de izquierda en realidad pierde frente al de derecha, como lo prueba el caso de Italia, y los intentos anarquistas no son más que eso. Para muchos, la generación anarquista de la actualidad no tiene ni la fuerza ni la vitalidad, ni el respaldo ideológico de la Nueva Izquierda de la década del 60.

En realidad, muchos acusan (Michel Houellebecq, por ejemplo) a la genera-

ción del 68 en el mundo occidental, por lo que consideran la degeneración social actual; y por la pérdida del camino de la izquierda, transformada ahora en relativista cultural. Sin embargo, la generación del 68, si bien dio expresión a una nueva izquierda que le dio un papel preponderante a la cultura y la lucha por la hegemonía cultural, sus temas estaban lejos del relativismo cultural. Junto con el llamado a la lucha anti imperialista, el motor era un crítica total al 'hombre unidimensional'. Los estudiantes de Berkeley y demás universidades en los Estados Unidos, apoyaban las luchas contra el colonialismo, contra el racismo y por la libertad cultural e individual. Aunque sin ninguna duda esta generación entendió que el colonialismo no se terminaba con el fin de la colonización occidental, al mismo tiempo no era una generación que ponía demasiado énfasis en la 'política de identidades', que es el tema dominante en las izquierdas de hoy.

Eran críticos del Iluminismo, combinado con el Eurocentrismo, por haber sido informados sobre las prácticas del colonialismo durante los siglos XIX y XX. Sin embargo, es aquí –según mi entendimiento– que se comenzaron a dar los dos fracasos de la resistencia anti colonialista y anti imperialista.

La izquierda, desde una posición ideológica marxista, asumió desde una perspectiva iluminista que la liberación nacional llevaría al socialismo. Autodeterminación nacional implicaba aliarse a los pueblos que asumieran la modernización socialista. Los Che Guevara, los Ben Bela, los Ho Chi Min, y lo mismo los Mao Tze Tung, sumados a movimientos de guerrilla en Europa, como los Bader



Mainhoff, la Brigada Roja, ETA o IRA, eran de esta clase. Incluso la OLP palestina, asumiría en sus primeros años una postura tercermundista, claramente marcada por la idea de liberación nacional, asumida por socialistas o liberales.

Las ideas de esa izquierda tercermundista cayeron con el fin del socialismo real. Aunque no necesariamente apoyada por el comunismo, y en cierto modo traicionada por el comunismo soviético, como lo prueba el caso del Che Guevara, esa izquierda anti imperialista sufrió el triunfo del neoliberalismo, que no solo coronó la globalización económica, sino que también impulsó los derechos humanos, que en muchísimos casos sirvió para salvar muchas vidas de militantes de izquierda revolucionaria, mientras que a su vez también terminó matando conceptualmente. Quedaba claro para militantes de izquierda que hacer terrorismo en nombre de ideales civilizatorios ya no era aceptado. La lucha armada terrorista y la resistencia al colonialismo cultural pasó a ser la bandera de la Jyhad islámica. La pregunta era: ¿qué tendría que ver, o qué papel jugaría una izquierda progresiva y revolucionaria con la nueva síntesis de 'revolución y reaccionarismo' llevada a cabo por el jihadismo? No fueron pocos los izquierdistas que entraron en esa variante.

Imbuidos en las doctrinas de Aimé Césaire, Frantz Fanon y Edward Said, como también en las doctrinas del grupo de historiadores que componen los Estudios Subalternos, críticos del Iluminismo eurocéntrico, muchísimos intelectuales (aunque en principio fueron influidos por el marxismo), ya no expresaban una visión marxista de la historia. Las nuevas preguntas eran: ¿cómo el mundo-no-europeo puede escribir su propia historia, fuera del análisis occidental marxista? De esa forma las nuevas corrientes del anti colonialismo cultural, a lo Edward Said, destruían el análisis de las teorías de la modernización, y la distancia entre la modernidad y lo arcaico. Y la pregunta es cómo una izquierda modernista puede incluirse en este nuevo paradigma sin pagar un precio conceptual.

La 'comprensión' de la lucha contra la civilización occidental que pueden llevar a cabo jyhadistas, destruye a la izquierda. La lucha de la izquierda progresiva a favor de derechos diferenciales para comunidades etno-religiosas en el Occidente, en lugar de bregar por la integración y la secularización, es acusada de ser parte del proyecto colonialista y constituye en definitiva el entierro con-



ceptual de la izquierda.

El ejemplo de Jeremy Corbyn, líder del laborismo británico, de sentirse cercano al Hizbullah, a Hammas y a Irán, y verlos como punta de lanza en la lucha anti imperialista; o expresiones legítimas de una democracia religiosa o teocracia, aunque puedan reclutar partidarios en lo inmediato, son la fosa conceptual de la ex izquierda marxista. Aun peor: unirse a la nueva expresión de resistencia anti-colonialista, que pone no solo a los Estados Unidos, pero más aún a Israel como blanco al que hay que apuntar, acercan a esta izquierda, al nuevo antisemitismo. En cierta forma esta izquierda, asociada a militantes reaccionarios religiosos, nos recuerda al pasaje de Georges Sorel (el revisionista del marxismo a principios del Siglo XX) que pasó de la izquierda revolucionaria a la defensa del nacionalismo orgánico de Charles Maurras. Una suerte de nacional-socialismo, que luego se transformó en fascismo, suponía la más dura expresión de lucha contra el iluminismo occidental.

Políticos actuales, como Alain Soral en Francia, ex militante del Partido Comunista, luego dirigente del Frente Nacional de Le Pen, es uno de los impulsores de la asociación del nacionalismo anti liberal europeo con el Islam 'revolucionario'. Aunque rechazado por Le Pen, Alain Soral marcó una tendencia que ya fue manifestada por neo fascistas, como Jean-Marie Guénon, y en cierta forma defendida por el nacionalista ruso Alexander Dugin. La asociación de reaccionarios de derecha, reaccionarios jyhadistas, e izquierda post modernista, es un escenario que tiene trágicamente mucho futuro.

Por último, una mínima porción de la izquierda actual defiende el nuevo nacionalismo minoritario en Europa, como el de los vascos, Escocia, Cataluña. El problema es que este nacionalismo minoritario, que puede ser definido como liberal, pro europeista, y que va contra el poder nacionalista de España, por ejemplo, también va acompañado por la Nueva Derecha, expresada en movimientos nacionalistas como el flamenco Vlas Belang, o la Liga Norte de Italia. Estos grupos también representan las políticas de identidades, a las cuales debe temer la izquierda democrática.

Como lo entendió el filósofo de derechas francés Alain de Benoist, ya en la década de los 80 del siglo pasado, el uso de las identidades culturales contra la homogenización producida por la modernización y el iluminismo, siempre trabaja mejor con la derecha fascista.

El identitarismo, en definitiva, representa más que nada la caída de las izquierdas. Sin embargo, eso no quiere decir que toda política de identidad no coincida con la izquierda. Hoy más que nunca, la lucha de las izquierdas no debe ser a favor o en contra de la inmigración, sino a favor de una integración a la entidad nacional democrática. La nación democrática integradora es el único marco en donde políticas de distribución socioeconómica pueden funcionar. El nacionalismo democrático y moderno es el único camino abierto para la izquierda moderna.

\* Profesor, Universidad de Tel Aviv.

# Por qué fracasan las izquierdas<sup>1</sup>

Mario Rechy M.

**C**iudad de México.- Hago aquí un apretado resumen de mi perspectiva sobre el supuesto fracaso de las izquierdas en la realidad política contemporánea. Recién asistí a un Foro o Seminario en el que tres mujeres académicas expusieron la historia del comunismo en este país. El evento fue magnífico, pues no recuerdo que más allá de la discusión de partido se hubiera abordado antes el tema desde una perspectiva despolitizada o teórica. El acto constituía una conmemoración importante, pues coincidía con el centésimo aniversario de la fundación del Partido Comunista en México. Y el convocante, Diego Valadés, es hijo de uno de los fundadores. Pero no hablaré de esa historia (que he abordado en otros textos más largos), sólo abordaré lo que se entiende por fracaso de las izquierdas, los casos a los que refiere el entendimiento común, y cuáles fueron los fundamentos en los que descansó la izquierda en la que mi generación militó.

Ciertamente puede hablarse de fracaso, si lo que se evalúa es el acceso al poder, o la capacidad para agrupar o conducir a la gran mayoría hacia un derrotero, o bajo un programa. Pero también conviene abordar el asunto desde una perspectiva histórica, o de largo plazo, donde más que medir el número de naciones gobernadas por la izquierda, o el número de elecciones que le han favorecido en las últimas décadas, parece prudente considerar la transformación de los paradigmas; es decir, de los supuestos y postulados que hoy caracterizan a la izquierda, y que se están convirtiendo en los nuevos ideales por los que se moviliza la más joven generación del mundo. En este caso, no parece haber fracaso, sino haber experimentado un cambio lento, de largo aliento, y muy promisorio. Veamos.

Mi generación creía en el marxismo, cualquiera que haya sido la corriente de ese arcoíris a la que nos podamos referir. Y para ser más claros, todos coincidíamos en que el escenario de lucha era la de las clases enfrentadas, donde solo una —el proletariado— era portadora de un porvenir luminoso de emancipación universal; y no porque esa clase lo hubiera asumido conscientemente, y lo hubiera demostrado a lo largo de ciento cincuenta años, desde que así se proclamó en el Manifiesto Comunista, sino porque según Marx y sus divulgadores o intérpretes, ese papel histórico le correspondía ontológicamente a



ese ser suyo. Cosa que vista en retrospectiva, hoy parece una afirmación metafísica o bastante subjetiva.

Dicho en palabras llanas, teníamos una fe auténtica y profunda. Una fe cimentada en un genuino humanismo justiciero o justicialista, y en una pretensión apodíctica de cientificidad o científicidad. Y con esa convicción religiosa éramos capaces de mover y conmover, y de encontrar en la vida diaria todos los motivos para demostrar lo justo y pertinente de nuestra propuesta, que naturalmente se concretaba en la dictadura de esa clase.

La historia nos desmintió, porque cada una de las revoluciones que fue ocurriendo encaramó a un partido comunista en el poder, y tal y como Rosa Luxemburgo había anticipado, el partido sustituyó a la clase, y dentro del partido el comité central sustituyó al partido, y dentro del comité central el dictador sustituyó al comité central. Y tan tan. No llegamos al socialismo que habíamos previsto, sino a un conjunto de regímenes burocráticos que, aunque redujeron las desigualdades, generalizaron la educación, dieron trabajo a toda la mano de obra, establecieron servicios de salud y de cultura, y hasta hicieron de los bebés y los infantes un segmento privilegiado con la mejor formación; al mismo tiempo anularon la democracia plural, suprimieron la libertad de prensa y de asociación, persiguieron a todas las disidencias y a todas las otras religiones (tal y como lo había hecho la iglesia romana desde el siglo IX hasta la desaparición de la inquisición), y anularon el mercado, sin que la planeación económica pudiera sustituir su función de manera eficiente para la distribución de bienes. Hablo pensando no solo en Rusia, sino también en China, Alemania, Checoslovaquia, Polonia, y desde luego Corea del Norte y Cuba. Vietnam tal vez mereciera otras reflexiones.

Ese fue un fracaso histórico de una propuesta fundacional. Que puede tener muchas explicaciones o justificaciones, pero que no deja de representar un golpe, una derrota teórica y política. Y la derrota es inclusive moral y ética, y en ese sentido más profunda que una derrota política, porque se trataba de un intento, sincero, justo, moral, de terminar con la injusticia, y para dar a todo el género humano un horizonte mejor del que podían tener bajo el capitalismo. Y de ese fracaso todavía no

<sup>1</sup> Agradezco a Jorge Ocejó y a León Rechy los comentarios y sugerencias para mejorar este ensayo.



nos reponemos. Ahí están los testimonios de Svetlana Alexievich, de Anna Applebaum, de Voslenski, de Kuron, o de Huber Matos.<sup>2</sup>

Y no nos reponemos todavía, porque además de una autocrítica pendiente, que los comunistas se han negado a emprender, el mundo nos ha planteado que requerimos nuevas propuestas o respuestas a cuestiones que no se habían considerado. Para empezar, se trata de reconsiderar el sujeto histórico de cambio, que no fue el proletariado, y que hoy nos obligan a reconocer el papel que juegan, por ejemplo, también las poblaciones originarias de cada nación, por lo que estamos emplazados a ubicarnos como parte de una lucha universal, donde quepan, como dicen los zapatistas, muchos mundos.

La nueva situación nos plantea también que habíamos asumido, sin ningún cuestionamiento, la filosofía del progreso, de la industrialización y el tecnologismo, cuando hoy una parte importante de las nuevas generaciones se plantean, antes que cualquier cosa, la sustentabilidad del mundo, la ecología, y hasta el decrecimiento, con tal de detener la contaminación y el calentamiento global, que amenazan a toda la humanidad.

Pero más enfáticamente, hoy las nuevas generaciones tienen más reclamos contra los partidos y los políticos profesionales, y conciben nuevas formas de participación, como la democracia directa, las organizaciones plurales o de coaliciones y sustituir las estructuras piramidales por estructuras horizontales, donde se respeta la diversidad y se negocia para encontrar equilibrios y formas de convivencia o coexistencia. En esto parece que los anarquistas se nos habían adelantado. Y también son de izquierda.

Algunos académicos hoy piensan que en México, aunque se hable de fracaso, y aunque no se perciba o alcance a ver la contribución de la lucha armada que libramos en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, el hecho histórico es que transitamos de la confrontación total a la pluralidad, en donde nos reconocemos como adversarios, pero venimos empujándonos en la construcción de una democracia. Y eso está más allá del horizonte electoral.

Además de los cambios en la participación y demandas de los ciudadanos de todo el mundo, también nos enfrenta la realidad actual a supuestos de la civilización que hoy no son viables. Por ejemplo el urbanismo, con sus megaciudades, que nos impide plantearnos la solución de las contradicciones entre campo-ciudad, entre ramas industriales, o resolver problemas de abasto racional. Y en estos temas, el fracaso no es solo de la izquierda, sino de toda la civilización que hemos levantado las sociedades modernas, tanto capitalistas como socialistas (burocráticas de filiación marxista).<sup>3</sup>

Es este fracaso –sobre el modelo de civilización– un fracaso tan profundo, que hoy no parece alcanzarse a ver que en los quince mil años pasamos de ser el 3% de los animales que poblaban el planeta, a ser el 30%. Y que en esos pocos milenios contribuimos a la extinción del 95% de las especies silvestres, y dejamos como población animal predominante a las vacas, los caballos, los cerdos, los chivos, los borregos, las gallinas, los pavos, los perros y los gatos, que constituyen hoy el 93% de la población animal del mundo.

Y si queremos sobrevivir, y no seguir fracasando, tendríamos incluso que plantearnos una revolución alimenticia, con

mucho menos carne, y más insectos, batracios, peces, y plantas.

En resumen, diría yo, que la izquierda en su función de oposición viene fracasando solo de manera relativa. Pues sus planteamientos han sido siempre en el sentido de cambiar lo que no funciona, de sustituir lo que es injusto, de distribuir mejor la riqueza, de evitar la explotación del hombre por el hombre. Mientras la derecha defiende y ha defendido sus privilegios en primer lugar, y el estatus quo para que nada cambie, o corregir para no ser sustituidos. Y en la medida que el mundo evoluciona, la izquierda siempre gana terreno, mientras que hoy es muy claro que el capitalismo es un sistema, decadencia y en proceso de descomposición. En ese contexto, cierto es que la izquierda se ha detenido mucho tiempo repitiendo formulas manidas, y que apenas parece madurar una generación que se plantea asumir plenamente la necesidad de una refundación social y política viable, que responda a las nuevas perspectivas que tiene el género humano, y por la que ya están luchando los inconformes de todo el mundo.

Por lo tanto, tendríamos qué definir qué es realmente hoy la izquierda. Y empezaría por decir que la izquierda actual no es marxista; es decir, no está representada por los vetustos dinosaurios que repiten los antiguos dogmas. Tampoco está representada por ninguno de los partidos que la propaganda oficial o el entendimiento cotidiano identifican como de izquierda. ¿Cómo podríamos concebir a un partido de la izquierda actual que impulse megaproyectos? Lo hacen aquí y en China, y sabemos que tienen argumentos. Pero estos argumentos no son de izquierda. ¿Cómo podríamos aceptar que gente que se dice de izquierda promueva empresas de *outsourcing*, que evaden las leyes laborales y someten a los trabajadores largas jornadas, bajos salarios y prácticamente ninguna prestación? Cuando eso es un claro retroceso a etapas anteriores y más injustas del capitalismo.

Esa supuesta izquierda que, con una mezcla de programas populistas y neoliberales ha llegado a ganar elecciones en América Latina, es un fenómeno residual del fracaso histórico de la izquierda del siglo XIX. Yo pienso que las políticas asistenciales no pueden ser aceptadas como políticas de izquierda. O que se acepte como de izquierda la destrucción de selva para hacer megaproyectos, trátense de trenes o plantaciones. Ni en Brasil con Bolsonaro, ni en México con López Obrador. En ambos casos, uno de ultraderecha y el otro de supuesta izquierda, se emprenden políticas muy semejantes, que bien pueden ser caracterizadas como neoliberales. Y no solo por favorecer negocios de grandes corporaciones, sino también por no respetar la pequeña producción campesina, y la conservación del medio ambiente por la que vienen luchando los pueblos originarios desde hace siglos.

Vistos en perspectiva, esos gobiernos, que la gente de izquierda no debe medir por su discurso, sino por sus actos y consecuencias, está obligada a formular una alternativa a todos ellos. Esa falsa izquierda no pudo explicar el *modus operandi* del capitalismo neoliberal. Mantiene un discurso de condena, pero sigue haciendo lo mismo. Sólo lo enfrentó por injusto, y convirtió esa injusticia en la justificación de su relevo político, pero con su continuidad económica y social.

No puede relevarse un régimen económico únicamente con

justificaciones éticas o con propósitos justicieros. Solo puede relevarse un sistema caduco con un diagnóstico científico, con un balance social y una propuesta bien fundada que explique cómo se sustituyen las premisas o fundamentos de lo que no es justo.

Necesitamos una nueva síntesis de la teoría económica. Ciertamente es que en los últimos sesenta años se han escrito textos importantes. Pero el nivel de la izquierda teórica registra pocos avances. Mandel actualizó el análisis hasta la aparición del neocapitalismo. Y uno de sus discípulos (Eric Toussaint) ha demostrado que la deuda del tercer mundo es impagable. Pero el rechazo de los marxistas para abordar la teoría económica, incluyendo la micro y macro, así como el instrumento de las curvas de indiferencia, ha provocado que la tarea de explicar la economía global en sus condiciones actuales sea una tarea a medias.

La ideología, que defiende dogmas y no conocimientos, ha venido frenando el desarrollo científico de la izquierda. Desde Sweezy y Josué de Castro<sup>4</sup>, no podemos hablar de pensadores de izquierda en América. Pero el panorama no es mucho mejor en el resto del mundo. En Irán tienen a Homa Katouzian, pero cuando Ota Sik escribió en Checoslovaquia no lo comprendieron, como no comprendieron a Brus en Polonia, ni a Haveman en Alemania del Este. Los pioneros somos una avanzada todavía marginal.<sup>5</sup>

Tal vez alguno de los gobiernos o grupos de la vetusta izquierda pudiera transitar a mejores escenarios si nos dice cómo y por qué suprimir el dogma del presupuesto superavitario. Si la deuda es impagable, el conjunto de los países endeudados tendría que plantearse una postura general. Pues cierto es que ética y legalmente las deudas deben saldarse, pero cuando las deudas se han utilizado para someter a las naciones, como lo demostró John Perkins, existen razones para reducir el monto y el ritmo de su pago, con tal de poder invertir en la producción.

Por lo demás, los economistas de izquierda son hoy incapaces de plantearse la emisión de moneda, aceptando el dogma neoclásico de la inflación, sin reparar en que durante muchos años de distintas épocas, la emisión de moneda se utilizó como inversión productiva. Los neoliberales aceptan que una casa de bolsa promueva la emisión primaria, que es para crear nuevas actividades económicas; pero si lo hace un gobierno, entonces es populista e irresponsable.

La izquierda tiene, en el mismo sentido, que replantear el papel y las funciones de la banca central. Pues en México, el Banco del Estado fue quien financió las grandes obras hidráulicas, y no hubo entonces problemas de inflación, sino altos índices de crecimiento y desarrollo. Y no parece verosímil que pueda emprenderse una efectiva política de desarrollo rural, si antes esperan generar excedentes financieros en una etapa histórica de contracción de la actividad económica. Vamos, quiero decir que la izquierda podrá abandonar su letargo e improductividad cuando asuma los retos de formular un nuevo proyecto histórico, y cuando no la aten ni los dogmas de los clásicos, ni los prejuicios de los neoliberales.

Debemos añadir desde luego a las tareas el diseño del desarrollo rural, sin empleo de fertilizantes químicos y sin seguir defendiendo la agricultura extensa y las grandes propiedades. Es absurdo otorgar mayor prioridad a las vacas que a la gente.

No son éstas, tareas de un sexenio ni de una persona. Pues formular un plan de gobierno sin deuda, rompiendo el dogma de la inflación por emisión de moneda, y la subordinación del desarrollo al crecimiento, no son retos para aficionados, sino problemas técnicos que implican la asimilación de la teoría económica, más allá del marxismo.

Es necesario demostrar que se puede reorientar la economía para satisfacer necesidades, sin ampliar la desigualdad, al mismo tiempo que se confiera mayor injerencia y participación a los productores y a los ciudadanos organizados. Toda la sociología ha demostrado, desde hace más de un siglo, que la gente se organiza para defender y negociar sus intereses, y que los dirigentes juegan un papel necesario. Y que solo el neoliberalismo atomiza a la sociedad e impone un trato unipersonal a cada ciudadano.

Si hay algo neoliberal es la destrucción de las organizaciones. Con el correspondiente sometimiento de los individuos a la caridad, o la bondad, o la concesión de un caudillo o presidente.

Lázaro Cárdenas inventó en México el corporativismo. Y muchos, o casi todos, fueron incapaces de ver que se trataba de un mecanismo de control en un régimen de partido único. Pero hoy resulta peor creer que pueda ser de izquierda destruir las organizaciones o ahogarlas, por no darles reconocimiento alguno como interlocutores, para imponer una relación del ejecutivo con cada uno de los ciudadanos como meros votantes.

Yo milité medio siglo bajo la concepción del marxismo, y participé en la fundación de dos organismos clandestinos y subversivos (la guerrilla urbana y la Liga Comunista Espartaco), y luego contribuí a fundar dos partidos (el PRT y el PRD), pero hoy no veo ese camino como viable. He dedicado los últimos quince años de mi vida a escribir mi experiencia, y a ordenar un poco lo que ha sido la tragedia y el drama universal de mi generación, buscando una salida.

Ahora bien, hay fracasos electorales, y fracasos en la instrumentación de lo que se concibió como socialismo siguiendo a Marx. Pero agregaré para concluir este posicionamiento, que existe otra izquierda que avanza imperceptiblemente, aunque en México esté casi ausente. Y esa izquierda es el cooperativismo. Una nueva forma de vida, fundada en principios solidarios y en la cooperación y la ayuda mutua. Suman más de mil millones de jefes de familia, y han resuelto problemas que ni el capitalismo ni el socialismo pudieron superar, como el hambre en la provincia de Bengala en la India, o como un modelo industrial, sin sustitución de mano de obra, como es el caso de la empresa Irizar.

Confío en que la izquierda que se está transformando y recogiendo la experiencia histórica apunta a un horizonte real y viable en el futuro del mundo. Y tengo esa convicción porque la izquierda representa la inconformidad, el aprendizaje, el conocimiento, las libertades, la justicia; y conforme el hombre contemporáneo va viendo cada vez con mayor claridad esos valores, y va asumiendo con mayor convicción su necesidad, la izquierda crece, y su fuerza aumenta. Y es necesario ganar a la mayoría, porque los cambios no podrán imponerse por la fuerza de un grupo o una élite, sino por la consecuencia generalizada de una generación consciente.

¡Salud y Revolución Social!

<sup>2</sup> Svetlana lo plasma en su texto sobre el Hombre Soviético, Anna en su estudio del Gulag, Voslenski en su historia de la burocratización, Kuron en su desesperado llamado a reformar y democratizar el socialismo, y Matus en su denuncia de todas las atrocidades cometidas por Fidel Castro.

<sup>3</sup> Aunque habría que acotar que una izquierda hoy olvidada, como el Partido Socialista Revolucionario de Rusia, sí tenía respuestas ante el industrialismo, ante el gigantismo urbano, y ante la idea del progreso.

<sup>4</sup> Paul Sweezy escribió *Teoría del Desarrollo Capitalista*. Y De Castro explicó en su obra *Pan o Acero*, por qué la producción de alimentos y el desarrollo rural y agrario eran fundamentales en América Latina.

<sup>5</sup> Katouzian ha demostrado los errores metodológicos del neoliberalismo, Sik propuso el restablecimiento del mercado como parte del socialismo, Brus formuló un proyecto de democratización socioeconómica, y Havemann, además de plantear la reunificación de Alemania quince o veinte años antes de la caída del muro, esbozó el proceso democrático para conseguirlo.



# Izquierda y derecha en el capitalismo

Abraham Nuncio

**M**onterrey.- En un espectacular, similar a los que han aparecido en Jalisco, se muestra la insoledad exigiendo a López Obrador que se vaya. Sus autores ubicaron el anuncio en un cruceo significativo: el de las avenidas Revolución y Garza Sada en la ciudad de Monterrey.

El costo de este tipo de anuncios supera el medio millón de pesos. ¿Quiénes si no los ricos y beneficiarios de los anteriores gobiernos pueden hacer ese tipo de inversión? Son los mismos que patrocinan a la banda dispersa llamada *Frenaa*, las ofensivas caravanas de autos, las campañas de odio en medios y redes, las plumas y voces de los intelectuales que dejaron de cobrar en las oficinas de gobierno percepciones millonarias.

De repente hay opiniones de militantes de izquierda señalando que AMLO y su gobierno no son de izquierda. La prueba científica de que sí lo son nos la ofrecen cotidianamente sus rabiosos enemigos, que quisieran tener un gobierno como los que a lo largo de cuatro décadas convirtieron a México en el país más desigual de América Latina.

En un gesto de alarma, Antonio Guterres, secretario general de la ONU, lo ha señalado: la crisis del Covid-19 hará que México se encuentre, a finales de 2020, con una población de 50.3 en pobreza y 18.2 en pobreza extrema; arriba, de la media en América Latina, cuyos promedios son de 37.2 y 15.5 por ciento, respectivamente (*La Jornada*, 10/7/20), según el documento *El impacto de Covid-19 en América Latina y el Caribe*. Y su conclusión es, precisamente, hacer aquello que no fue prioridad para los gobiernos previos al de López Obrador ni para la coalición partidaria PRI/PAN/PRD: una amplia generación de fuentes de trabajo y empleos decentes, sistemas tributarios

más justos, mecanismos de protección social efectivos, inversión en el campo y en infraestructura productiva, fortalecimiento de la sostenibilidad ambiental; también, la erradicación de la inseguridad alimentaria y la malnutrición, así como el fortalecimiento de los apoyos a los grupos más vulnerables, a las mujeres y los indígenas.

Al 30 de noviembre de 2018, todas esas y otras tareas quedaron pendientes. El gobierno de la 4T, apenas inició algunas, y ya estaba encima la pandemia. O la banca, que se opuso a la disminución de sus comisiones para continuar practicando la usura.

A pesar de la debilidad frente al capital financiero, que es el que se ha impuesto en la economía mundial, la derecha ha insistido en ver moros socialistas a cada paso de la 4T. Sus patrocinadores saben que tal vía es una matraca propagandística para regresar, en lo posible, al capitalismo gandalla fincado en grandes transas entre ellos y los funcionarios de turno. Ninguno de sus negocios creció sólo con el plusvalor obtenido del trabajo de todos y cada uno de sus empleados, ni con la invención de la competitividad, la productividad basada en la tecnología de máquinas y dispositivos empresariales, sino con prebendas y privilegios fiscales y contables a costa del erario y del alimento, la salud y la educación de la mayoría.

Al capitalismo lo deja ver hoy el Covid-19 en toda su monstruosa tectónica. La derecha persiste en reivindicarlo como normal y hasta saludable, y de allí sus ataques arteros a AMLO y su gobierno para volver a lo de antes.

En este análisis cabe anotar que la izquierda no nace socialista. Su nombre deriva de una posición topográfica (a la izquierda del presidente) en la asamblea

convocada por Luis XVI, en Francia, y su contenido de cambio (más bien antimonárquico) de quienes se situaban en ese espacio de las galerías deliberativas y lo promovían. Tras la revolución socialista lo absorbió casi por completo la fuerza política identificada con los valores y prácticas del socialismo soviético –proletario o antiproletario–.

Históricamente, la izquierda –liberal o procapitalista, o bien la socialista y anticapitalista– es la que reivindica las necesidades y demandas de la mayoría trabajadora. La derecha, partidaria del *statu quo*, por lo general se mantiene alejada de ellas. Por supuesto hay matices, coaliciones coyunturales, metamorfosis en una y otra fuerza. Pero su diferencia ideológica crucial es la propiedad. Para la izquierda capitalista, los medios de producción son de propiedad privada, lo cual introduce la desigualdad y excluye, por consecuencia, la democracia plena (no la democracia procedimental, que no es democracia *per se*, y con dinero se le puede manipular sin límites).

En el capitalismo, para decirlo de una vez, la democracia es imposible. Para la izquierda socialista, la democracia se empieza a cumplir una vez que los medios de producción pasan a ser propiedad ejercida colectivamente.

Adam Smith supo muy bien lo que significaba la propiedad en el capitalismo; decía: a mayor concentración de la propiedad, mayor extensión de la pobreza. No tiene vuelta de hoja. La ONU, no por nada, señaló la necesidad de un cambio de modelo económico. La 4T sigue esta pauta. La derecha la rechaza. La izquierda socialista la acepta, pero busca un cambio no sólo de modelo económico, sino de régimen económico-social.

# Dudosa colecta del Parque Fundidora

Lupita Rodríguez Martínez



**M**onterrey.- Desde hace 32 años el Parque Fundidora es un Organismo Público Descentralizado de la Administración Pública del Estado, con personalidad jurídica, patrimonio propio, autonomía técnica y de gestión para el cumplimiento de su objeto, siendo el siguiente:

- Continuar con el desarrollo y velar por el cumplimiento de los fines previstos en el Decreto Expropiatorio del 11 de marzo de 1988, por el que se declara de utilidad pública la conservación y mejoramiento de la superficie de la planta de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey.
- Impulsar la realización de actividades de recreación, esparcimiento, deportivas, culturales, artísticas, de fomento comercial, industrial, de servicios, turismo y otras propias de la infraestructura con que cuenta.
- Administrar la operación y funcionamiento del Parque Fundidora, así como velar por el desarrollo, conservación y mejoramiento del Parque, de las instalaciones y demás bienes que integran su patrimonio.
- Mantener y proteger al Parque como un lugar de tradición histórica, Museo de Sitio de Arqueología Industrial y patrimonio ecológico del pueblo.
- Propiciar la participación y compromiso de las instituciones públicas y privadas, del sector social y, en general, de los integrantes de la sociedad, en el desarrollo de actividades relacionadas con su objeto y,
- Realizar todo tipo de actos materiales y jurídicos relacionados con los mencio-

nados en los incisos anteriores.

El objeto es muy claro, pero no debemos olvidar que tras la quiebra la Maestranza, un 10 de mayo de 1986, el gobierno federal donó a título gratuito las 280 hectáreas e instalaciones de Fundidora al gobierno estatal y en el Decreto de Expropiación estipuló que aparte del Museo de Sitio y del Centro de Convenciones su fin primordial sería un parque densamente arbolado.

Así, la pionera de la industrialización de América Latina, la forjadora de la vocación empresarial y obrera de nuestra sociedad, la detonante del cambio y de la transformación social de Nuevo León, se convirtió en el gran pulmón ambiental de Monterrey... aunque muy relativamente.

El fin primordial del Parque se fue dejando a la deriva, pues los intereses económicos superaron a los ecológicos, toda vez que gobernantes y empresarios impusieron su afán de lucro y su visión privatizadora a través de espectáculos, auditorios, arenas, hoteles, restaurantes, bares, snacks, etc.

Tanto Artemio Garza Rodríguez como Fernando Villarreal Palomo, Presidente Ejecutivo y Director General del Consejo de Administración del Parque Fundidora, respectivamente, se jactaron de lograr finanzas públicas auto-sostenibles en los últimos años, al grado que el Gobernador del Estado retiró la partida anual del Presupuesto de Egresos.

Con base en los Informes Definitivos de la Auditoría Superior del Estado sobre la Cuenta Pública del Parque, cada año recauda cerca de 180 millones de

pesos por ingresos de gestión, rubro que en el 2018 se integró por los siguientes montos y conceptos: \$55,520,358.00, por contraprestaciones; \$45,483,058.00, por estacionamientos; \$37,998,130.00, por arrendamiento de áreas; \$26,195,206.00, por el Paseo Santa Lucía; \$9,645,586.00, por servicios; \$4,288,111.00, por cuotas de mantenimiento y \$187,798.00 por otros ingresos.

Los 55 millones de pesos por contraprestaciones son ingresos fijos por los contratos con el Centro Internacional de Negocios Monterrey (Cintermex): \$30,799,904.00; la Arena Monterrey: \$9,592,576.00; el Parque Plaza Sésamo: \$4,419,405.00; el Auditorio Citibanamex: \$3,742,355.00 y, Bicicletas Martínez Villarreal: \$1,993,041.00, por mencionar los más importantes.

Aparte, los 45 millones de pesos por cobro de estacionamientos y los 37 millones por arrendamiento de áreas para eventos, tales como “Pal’Norte”, “Hello Fest”, “Beyond Wonderland”, “Luztopia”, “Feria Regia”, “Wish Outdoor”, “Machaca Fest”, “Festival Live Out” y “Festival Mother of All Rock”, ponen en duda la crisis financiera del Parque y el despido de sus casi 300 empleados debido al cierre de sus instalaciones a causa del Covid-19.

En el 2019 dicha recaudación seguramente aumentó y sólo es cuestión de tiempo para revisar. Entonces ¿por qué cerrar cuando hay protocolos de salud para ingresar? y ¿para qué pedir una colecta a la ciudadanía?



# Reforma al sistema de pensiones

Rosa Esther Beltrán Enríquez

**S**altito.- Hace 4 meses, varios analistas plantearon la urgencia de una reforma nacional al sistema de pensiones, que es una bomba que está por estallar, dijeron; se pensaba que para entonces el tema no estaba en la agenda de la cámara de diputados.

La reforma de 1997 arrebató derechos a los trabajadores, disminuyó la edad para la jubilación y aumentó exageradamente las semanas de cotización quedando en mil 250; el 74 por ciento de los trabajadores adscritos a la actual reforma al jubilarse recibirían su ahorro de las Afores, que para la mayoría será un salario mínimo, y con el tiempo su situación económica empeorará y con ellos la pobreza del país seguiría incrementándose.

En una conferencia mañanera de semanas pasadas, se dio a conocer la noticia que beneficiará a más de 20 millones de trabajadores mexicanos, el proyecto de una reforma al sistema de pensiones un plan que busca aumentar el ahorro pensionario de un 6.5 al 15 por ciento con lo cual las pensiones elevarían en un 40 por ciento el ingreso de los trabajadores jubilados con lo que tendrán acceso a un retiro justo y digno haciendo además una reducción de las semanas de cotización de 1,250 a 750 para adquirir el derecho a la pensión en un menor tiempo.

Se pretende aumentar el ahorro de pensiones principalmente a los trabajadores adscritos al IMSS y se cuenta con el consenso de las organizaciones sindicales de trabajadores, los representantes empresariales y el Estado.

Es una reforma compleja, en primer lugar porque el País cuenta con múltiples sistemas pensionarios, incluso entre los trabajadores sindicalizados de empresas, están los de gobiernos estatales –algunos a punto de quebrar– los municipales, entre otros que tienen sus propios sistemas y modificarlos sería un problema mayúsculo.

El proyecto de reforma se construye



sobre la base sólida generada por el derecho al acceso a una pensión universal para adultos mayores gracias a la reforma al artículo 4<sup>to</sup> constitucional además la iniciativa incrementará sustancialmente el nivel de ahorro en el país, disminuirá la presión sobre las finanzas públicas y será uno de los motores para el crecimiento incluyente y sostenible en el largo plazo.

Para el año próximo estarían por jubilarse alrededor de 90 mil u 80 mil adultos mayores, de éstos muy pocos alcanzarían una pensión suficiente, los más recibirán su ahorro de las Afores, el que es muy bajo y difícilmente les permitirá sobrevivir sin grandes carencias.

De aprobarse la reforma a las pensiones los trabajadores mexicanos gozarán de una mejora sustancial de la calidad de vida en el retiro.

Algunos diarios nacionales ofrecen notas sesgadas: “toda la carga caerá sobre los empresarios, habrá inflación, las empresas tendrán presiones en la rentabilidad, es muy posible que haya más *outsourcing*”.

La costumbre de que el sector empre-

sarial salga siempre ganador se acentúa, se ignora que las aportaciones empresariales comenzarán al ser aprobada la reforma pensionaria y se prolongarán hasta 8 años para llegar a alcanzar el 15 por ciento.

La resistencia a la reforma se irá elevando, ojalá el coordinador de los organismos empresariales tenga de nuevo el valor para defender lo firmado.

*Posdata*

Las sucursales bancarias de esta ciudad tratan a sus clientes con la punta del pie, los usuarios les dan su dinero y los bancos no han sido capaces de organizar la atención con un poquito de consideración; a las 7am comienzan a llegar para hacer fila y esperar 2 o 3 horas para ser atendidos, no hay atención preferente para los adultos mayores. Además, aprovechando el confinamiento algunos bancos cerraron sucursales y tienen así 4 meses y la autoridad, bien gracias; no es como en Torreón, ahí sí cerraron Santander, por incumplir las medidas de seguridad por la pandemia.

# Ciencia y criterio público

Edilberto Cervantes Galván

**M**onterrey.- Fue después de que terminó la Segunda Guerra Mundial cuando se acuñó el concepto de “política pública”. Este surgió a partir de una propuesta de los científicos norteamericanos que habían participado activamente en el “esfuerzo de guerra”; haciendo estudios, diseñando estrategias, desarrollando tecnologías y hasta bombas de exterminio masivo.

El razonamiento era muy sencillo: si en la guerra, la actividad y el criterio de los científicos había sido de gran utilidad para resolver los desafíos del conflicto bélico, igual debería hacerse en tiempos de paz para orientar la toma de decisiones del gobierno.

El gobierno norteamericano mantuvo trabajando a gran número de científicos en el desarrollo de nuevas tecnologías estratégicas: en los años cincuenta los países que habían salido triunfadores de la guerra se empeñaron en una carrera armamentista para desarrollar nuevas armas y la emblemática conquista espacial. Muchos científicos fueron contratados por las empresas para desarrollar sus tecnologías y tomar ventaja en los mercados de bienes y servicios.

Sin embargo, para los científicos que se enfocaban a los problemas del desarrollo social y económico, a la educación o la salud, entre otros campos de la vida social, no hubo la misma oportunidad en términos de apoyo económico y menos de acceso a la toma de decisiones en el gobierno.

Así que la toma de decisiones del gobierno en tiempo de paz (y esperando la guerra) se fue resolviendo de acuerdo a los intereses de los grupos de presión y no tanto por criterios de máximo bienestar de la sociedad.

A principios de este año 2020 las decisiones sobre cómo enfrentar la amenaza y contagio del Coronavirus, una amenaza global, no se tomaron con un criterio global o una misma estrategia. Fue evidente la falta de liderazgo de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la que integra a especialistas, cuyo principal criterio es o debiera ser el criterio científico.

La OMS tampoco tomó la iniciativa de convocar una alianza global de científicos para diseñar un tratamiento o desarrollar una vacuna. Fueron los gobiernos nacionales los que tomaron decisiones contra el Coronavirus, sin mayor guía ni información. Todavía hoy se sigue discutiendo la conveniencia de usar el cubrebocas como un dispositivo mínimo de protección. Hay personas que hasta hace unas semanas negaban la realidad del contagio masivo.

El brote del Coronavirus en China y después su llegada a Europa se planteó como algo inevitable y que se esparciría indefectiblemente por el resto del mundo. ¿Por qué no se tomaron medidas internacionales para evitar el traslado del Virus hacia otros continentes, o alguna estrategia para su aislamiento? Hasta que los contagios y muertes alcanzaron cifras elevadas, entonces cada gobierno, por su cuenta,



tomó las decisiones que mejor le parecieron; la falta de coordinación intergubernamental fue evidente. La prensa y la OMS desacreditaron algunas estrategias nacionales y señalaron sus riesgos; pero es fecha de que no hay una política internacional concertada. El fenómeno del rebrote es preocupante en países que presumen de que tienen bajo control el contagio.

Las condiciones y perfiles institucionales de los sistemas nacionales de salud muestran grandes diferencias. Se ha señalado, que la tendencia hacia la privatización de los sistemas de salud fue dejando sin cuidado médico a grandes grupos de población; haciendo de la atención médica y de los medicamentos bienes sujetos a los criterios de un mercado de la salud. El derecho de los seres humanos a su salud y atención médica como un bien público ha perdido vigencia.

La esperanza de que se diseñe o descubra un tratamiento curativo depende de esfuerzos aislados. Al igual sucede con el desarrollo de una vacuna. Son empresas en alianza con algunos gobiernos las que trabajan en una posible vacuna; misma que podría ser sujeta de comercio. Con lo que el acceso a la salud podría depender del poder adquisitivo de los individuos y familias; cuando el riesgo es masivo.

Algunas de las reflexiones que se han hecho sobre lo que será el Mundo y la humanidad después de controlar el Covid 19 se refieren al cambio en ciertas prácticas sociales, pero poco se enfatiza la necesidad de crear nuevas instituciones y formas de proveer los servicios de salud. El cambio debiera empezar desde ahora, transformando sistemas y estableciendo estándares internacionales. No hay que desaparecer a la OMS, hay que mejorarla y desarrollar mejores prácticas globales en los sistemas de salud.

Pero mientras tanto, no hay más que quedarse en casa y si hay necesidad de salir, hacerlo con las debidas precauciones. No subestimar el riesgo del contagio.



# El Hanna y el desastre de la corrupción

Horacio Flores



**M**onterrey.- Como ya es una costumbre, la ciudad está hecha un desastre luego del paso del huracán; o más bien, el aguacero, porque el huracán nunca llegó.

Cada vez que hay un aguacero “fuera de lo normal” (así nos dicen y normalmente esto ocurre en ciclos no mayores de 5 años), las calles se inundan, los ríos se desbordan y la infraestructura urbana en general, colapsa.

Quedan al descubierto la falta de calidad de los materiales usados, de la falta de supervisión, o bien de las supervisiones “arregladas”; es decir, la corrupción es lo que se exhibe cuando llega el agua.

Toda la obra pública tiene garantía de parte de las constructoras (así se estila en los contratos de obra pública), pero hasta hoy, no se sabe que se hayan hecho efectivas las garantías, o que se haya seguido algún proceso en contra de las constructoras o los funcionarios públicos responsables de las obras mal hechas.

De inmediato los alcaldes y el gobernador se frotran las manos y buscan que se declare a Nuevo León (o por lo menos a las nueve ciudades del perímetro urbano), zona de desastre, para allegarse recursos del FONDEN, y así “reparar los daños”, con la misma deficiente calidad, y si se puede mayor, para que les deje para el “moche”; total, ellos ya se van. Inicia temprano el año de Hidalgo...

Lo que flota en las aguas del Hanna es la corrupción; es el desaseo de los gobiernos corruptos lo que destroza las avenidas y pone en riesgo a la población; es el descuido de los funcionarios y su deshonestidad lo que hunde en la zozobra a nuestro estado, cada vez que un fenómeno natural ocurre.

Por otro lado, destaca la solidaridad popular, el apoyo entre los pares, la hermandad que se ha construido entre el pueblo, merced el abandono de las autoridades. A ellos no engaña el tramposo discurso de los alcaldes nuevoleonenses, que dicen que la federación debe ocurrir en su socorro.

Las autoridades deben aclarar las razones de fondo, mismos que ocasionan el desastre, e iniciar procesos judiciales en contra de los responsables.

La corrupción debe desterrarse, entre otras razones, porque atenta contra la seguridad, contra la vida de los ciudadanos...

## Vaticinio

Gerson Gómez

**M**onterrey.- Emilio Lozoya hablará. Tendrá la oportunidad desde prisión. Sus perseguidores imponen las reglas. Quieren nombres. La estructura completa de los socios.

Nada por debajo de su puesto. Solo pares y superiores. Con señales objetivas. Emilio aceptó cada una de las imposiciones. Se le tratará con respeto dentro de la celda. No comerá los alimentos de los presos comunes. Le dispensarán la toma de lista o la convivencia peligrosa.

Cada enunciado en las declaraciones será contundente, demoledor. Hasta cimbrar las estructuras políticas de antaño. Lo hará con los despojos del PRI, con las simulaciones del PAN y con el contubernio del PRD.

Dejará la mesa puesta para las inhabilitaciones. La ruta del dinero salpica en el Senado, en la Cámara de Diputados. La contabilidad de favores, los enrutes y simulaciones de obras.

Le dará tiempo también para el ajusticiamiento del priista César Duarte, el ex gobernador de Chihuahua prófugo.

Domará los ímpetus de la fracción rebelde de gobernadores contra Andrés Manuel López Obrador. Cera en boca de periodistas beneficiados. La huella del dinero de Lozoya, Duarte y compañía es el parteaguas necesario.

Depende mucho de su Secretaria de Gobernación, de los fiscales y de la Suprema Corte de Justicia. La explosión de las letrinas políticas del PRI, PAN y PRD dejará a muchos damnificados. A otros, enmudecidos.

## Educación a distancia

Guillermo Berrones

**M**onterrey.- A raíz del Covid 19, la educación a distancia se ha convertido en la opción emergente más viable para formar y transformar a nuestros alumnos. No debe asustarnos esta variante de la educación.

Comparto con ustedes dos casos particulares de los resultados al recibir una educación a distancia, en otras circunstancias y con una tecnología no tan avanzada como la actual, pero con resultados que nos permiten dimensionar esta opción:

Mi padre, de una familia campesina con cría de ganado menor, estudió hasta tercer grado de primaria en su natal Victoria. A fines de los cincuenta, tras la muerte de mi abuelo, los hermanos se dispersaron. Y el rancho de Santa Teresita quedó en el olvido. Las opciones de trabajo eran difíciles para alguien que sólo sabía de cabras, leche y quesos.

El cómic de Chanoc le ofreció a mi padre, en la contraportada, el anuncio de una escuela con varias carreras técnicas. Hemphill Schools, la escuela canadiense con cursos de educación a distancia, le permitió convertirse en electricista. En casa era frecuente la llegada del servicio postal entregando paquetes con cuadernillos para autoestudio y formación técnica. De aquellos cuadernillos mi

madre también aprendió a reparar planchas y aparatos eléctricos de la época. Mi padre recibió su diploma y la llave para posteriormente encontrar trabajo en CFE. La segunda experiencia de este tipo corresponde a un amigo empresario, exitoso, de Río Bravo, Tamaulipas: Marcelino Muñoz. Tras concluir sus estudios de secundaria y siendo parte de una familia numerosa, las opciones de continuar estudiando se redujeron. Al igual que mi padre, Hemphill Schools le dio la oportunidad de formarse a distancia como técnico electricista automotriz. Con el diploma obtenido abrió un pequeño taller en aquel lugar de la frontera. Al taller le siguió una refaccionaria. Luego una sucursal, otra, otras. Se consolidó en la frontera hasta romper las fronteras regionales para llegar a Monterrey y de Monterrey al resto del país. Un hombre con iniciativa, visión y proyección. Un hombre con un firme propósito de vida. Un empresario exitoso que actualmente comparte su experiencia a través de conferencias motivacionales y siempre convencido de que la educación es la ruta a seguir para lograr un cambio sustancial en el país. Entonces, la educación a distancia, puede ser tan efectiva como la presencial si está orientada con precisión en su objetivo y si es interesante para el individuo en formación. ¿O no?

## En NL todo está permitido

Joaquín Hurtado



**M**onterrey.- 1. Tienes permiso de quedarte en casa de 22:00 a 5:00 y declarar a dónde vas si un panzón policia te interroga.

2. Tienes permiso de no salir más que a lo esencial los fines de semana.

3. Tienes permiso de cancelar fiestas, salidas no esenciales, no asistir a bares, gimnasios y lugares donde hay aglomeraciones.

4. Tienes permiso de obedecer a la autoridad si te quiere extorsionar.

5. Tienes permiso de soportar cuando te digan que por tu culpa el virus está fuera de control.

6. Tienes permiso de sufrir vejaciones cuando pidas a los demás guardar distancia.

7. Tienes permiso de jamás pensar que el gobernador gasta de manera opaca los recursos contra Covid.

8. Tienes permiso de padecer el pésimo transporte público con unidades atiborradas.

9. Tienes permiso de ser detenido, incluso golpeado, si no usas correctamente cubrebocas.

10. Tienes permiso de no llamar a estos permisos toque de queda.



# Entrevista con Marisa García Padua

Eligio Coronado



**M**onterrey.- Marisa García Padua (Monterrey, N.L., 1965) es escritora y egresada de Licenciatura de Ciencias de la Comunicación, acentuación Periodismo, por la UANL.

Estudió inglés en la New York University. Realizó algunos estudios de Posgrado en Literatura en la UANL.

Ha tomado talleres de creación literaria con Margarito Cuéllar (Universidad Regiomontana), Dulce María González (Casa de la Cultura), Rosa María

Elizondo Dávila, Marisol Vera Guerra y con don Alfredo Gracia Vicente, catedrático y lingüista español por la UANL.

Ha participado en lecturas, exposiciones y performances (BAM, Municipio de Monterrey, Casa de la Cultura de Nuevo León, Casa del Libro UANL, Pájaros en el Alambre (con el maestro Eligio Coronado), La Noche Roja (poesía erótica con la poeta Dany Cooper en Kundul Café), La Fama Conboca (con Eva Trujillo) y la FIL (Feria Internacional del Libro, organizada por el Tecnológico de Monterrey).

Es Promotora de Cultura por CONARTE.

Actualmente estudia el Diplomado

“Mediación de Salas de Lectura” Por la Secretaria de Cultura Federal y la Universidad Metropolitana de México (Campus Xochimilco) así como CONARTE Nuevo León.

Escribe su primer poemario erótico. Actualmente dirige del colectivo cultural Las Tres Pelonas, donde realiza investigación y guión de hechos históricos, para realizar performance poéticos-musicales, para seguir con las tradiciones mexicanas y culturales de su país.

\*\*\*\*\*

*¿Cómo escribe?*

Se vuelve una necesidad escribir; en pequeños cuadernillos, libreta, computadora o cualquier dispositivo electrónico; a veces una servilleta es buena, la inspiración aflora, el momento y la urgencia, de repente un chispazo te atrapa y lo haces, generalmente por las noches y a solas.

*¿Por qué escribe?*

Escribo porque es una actividad intrínseca del intelecto emocional, cuando menos lo piensas viene una frase, un suceso, una acción humana o no, y te ves

transcribiendo lo que tu cerebro dicta, aunado a una gran emoción en un papel.

*¿Desde cuándo escribe?*

Desde que me acuerdo... Tal vez, cuando mi mente registró hechos memorables apareció la gran necesidad de plasmar el trazo... Algo que merecía ser narrado, como un diario de niña por ejemplo, a los 10 años (cursaba yo el 4to grado de primaria) en 1975, en el marco de: “El Año Internacional de la Mujer, promovido por la ONU”, recuerdo; fue impactante para mí, hubo una especie de conciencia humana y de mi género, desde que me acuerdo, –no paré de escribir y lo hacía en secreto–.

*¿Para quién escribe?*

Al principio creí, que lo hacía para complacer a mi abuela materna, Chavelita, de quien aprendí a “recitar poemas” desde muy pequeña, y sí, también por eso lo hacía, pero a mí me gustaba, se convertía en un placer leer el texto y memorizarlo, recitarlo en público, luego buscar más poesía, prosa, textos, autores, periódicos, revistas...

*¿Sobre qué escribe?*

Escribo como testigo de la vida cotidiana, sueños de otros y propios. Así como de la gente que conozco, de suposiciones, de sus pensamientos y acciones, temores, logros, etcétera.

*¿Qué es para usted la literatura?*

Es el arte de la expresión escrita o hablada para narrar hechos reales o ficticios, es el imaginario de la mente. El pincel de un escritor, con la ayuda del tintero pluma o papel o dispositivo electrónico, plasma hechos de manera artística para comunicar hechos, pensamientos o sueños.

*¿Qué opina de su propia obra?*

Ahora creo que es buena, antes no lo creí, muchos aprendices de escritores como yo, no saben si sus obras lo son hasta que alguien la lee y lo dice. Sin embargo, aun así se arriesgan a expresar sus ideas, por gusto y por necesidad. Claro que las lecturas de otros autores apoyan para encontrar su propio estilo, así como la práctica y revisión de los mismos.

*¿Cuándo está listo un texto?*

En realidad no lo sé, tal vez la práctica de los mismos: “tallar, hacer o deshacer tus textos” y cada vez más, te vuelves crítico de los mismos y puedes llegar a saberlo solo con el tiempo.

*¿Qué opina del nivel de nuestra literatura nuevoleonense?*

Creo que es buena, de aquí han salido plumas muy importantes, a nivel nacional e internacional –todo es relativo–. Habrá escritores que no gozan del aprecio local inmediatamente, pero por su frescura, novedad tal vez sí; en otras esferas puede ser que sean valorados. Pocos son profetas en su tierra, pero los hay. Los certámenes son una muy buena oportunidad para los escritores. Y, algo muy importante, no morir en el intento y ser más creativos.

*¿Vive de la literatura?*

Digamos que no aún. Pero se obtienen satisfacciones en el camino de un escritor, que te automotiva y te inspira. Sería genial vivir de esto, es la idea. Hay que esforzarse cada día.

*¿Para qué le sirven los escritores a la sociedad?*

Yo creo que es una pregunta difícil de contestar, es muy subjetivo; sin embargo, yo digo que sí contribuyen ampliamente a la sociedad. El arte subyuga e inspira a otros, enseña, distrae, entusiasmo, motiva, contribuye con su crecimiento intelectual, crítico, y abre puertas al conocimiento en sí.

*¿Quiénes escriben mejor: los hombres o las mujeres?*

Yo creo que es cuestión de gustos. El 50 por ciento de la población somos mujeres y hombres, hay para todos y estamos en otros tiempos.

*¿El gobierno o Conarte le han apoyado alguna vez?*

En promoción cultural sí, Conarte me apoyó en el 2013 con un diplomado de Promotor Cultural. No hasta ahora como escritor o poeta; y me gustaría que lo hiciera. La Casa del Libro (UANL) también me apoyó en el 2015, cuando realicé un performance con poesía, música y danza. He participado en varios proyectos comunitarios en el estado, y no he sido

ni yo ni mi equipo favorecidos todavía. Hoy busco publicar mi poemario. He participado como colectivo independiente, realizando guión y espectáculos poéticos, promoción y elaboración de concursos, certámenes para motivar a otros a escribir, a leer y a vender arte; pero todo ha sido con algunos patrocinios que se consiguen en intercambios comerciales y con recursos propios.

14- *¿Autores favoritos?*

Marguerite Yourcenar, Simone de Beauvoir, Virginia Woolf, Elena Garro, Gabriel García Márquez, Ángeles Mastretta, Carmen Alardín, Minerva Margarita Villarreal, Alí Chumacero, Isabel Allende, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis y Luis Cardoza y Aragón, entre otros.

15- *¿Libros que le hayan impactado?*

«El segundo Sexo» (Simone de Beauvoir), «Eva Luna» (Isabel Allende), «Los Años con Laura Díaz» (Carlos Fuentes).

16- *¿Cómo generaría lectores?*

Promoviendo lecturas, certámenes, eventos que involucren de manera atractiva a los probables lectores; interactivos y de formas divertidas, sencillas de leer y lúdicos.

17- *¿Qué recomendaría a las personas que desean ser escritoras?*

Que lean muchos autores locales, nacionales e internacionales, para formar criterios y conozcan temas diversos, interculturales, para encontrar su propio estilo, mucha práctica, borradores y edición constante.

18- *¿Proyectos futuros?*

Poemario 2.



# Parque Fundidora, ¿víctima de la pandemia o de malos manejos?

David Botello



**M**onterrey.- El 15 de julio la administración del Parque Fundidora anunció que éste cerraría sus puertas de manera temporal ante la reducción en los ingresos del parque a raíz de la contingencia sanitaria que se vive en la entidad. Artemio Garza, presidente ejecutivo del Consejo de Administración del Parque Fundidora, señalaba que los meses que ha durado la contingencia han mermado en tal medida las finanzas del parque, que existe el riesgo de no poder continuar pagando la nómina de los poco más de 300 empleados del parque. El día 24 de julio, probablemente ante las quejas de la ciudadanía, se anunció que el parque reabriría sus puertas a partir del lunes 27, pero solamente para quienes ingresen a realizar actividades deportivas. Mientras tanto, permanecerá cerrado para cualquier otra actividad recreativa.

Parece ser que la pandemia sería la razón principal de los problemas que enfrenta actualmente la administración del Parque Fundidora pero, ¿realmente es así? O bien, podría decirse que esta pandemia sólo vino a destapar los problemas administrativos y de gestión que el Fideicomiso Parque Fundidora ha tenido desde hace años. En 2006, este fideicomiso se convirtió en un Organismo Público Descentralizado. Con esto, la

administración del parque quedó básicamente a manos de la inversión privada.

En 2016, ya en la administración del actual gobernador, Jaime Rodríguez Calderón, se le asignó a Cintermex la concesión para que este organismo fuera el que se hiciera cargo de los eventos que se realizan en el parque, como lo son los nueve festivales de música que se realizan anualmente en este recinto. En ese momento, Jaime Rodríguez señalaba que no se trata de una privatización del parque, sino de una reducción del gasto público.

Podría decirse que lo que cerró temporalmente al Parque Fundidora no fue la pandemia y los tiempos de contingencia que estamos viviendo. Más bien, estos tiempos sacaron a flote algo que ya se sabía: los problemas del manejo por parte de particulares de un bien público, como lo es Parque Fundidora.

Esta situación nos lleva a ver que la gestión de particulares no ha resultado lo más sano para uno de los pocos espacios verdes con los que cuenta la Zona Metropolitana de Monterrey. Los ingresos millonarios por la serie de eventos que se realizaban de modo regular en el parque, aparentemente han resultado insuficientes para sostenerlo durante los cuatro meses ha durado la contingencia sanitaria hasta ahora. Se ha hablado de

la posibilidad de cobrar a los ciudadanos el ingreso al parque; y también del proyecto de construir tres torres de uso habitacional al interior del mismo.

Si bien no se puede hablar técnicamente de una privatización del parque. Lo que sí es real es que el Gobierno del Estado ha renunciado a la administración del mismo, ya que desde 2018 no ha ingresado dinero público a las arcas de Parque Fundidora. Eso a pesar que en la "Ley que crea al Organismo Público Descentralizado denominado Parque Fundidora" se establece que parte de los recursos con que contará el parque deben provenir de "los recursos estatales previstos en las disposiciones presupuestales, que recibirá en administración para la aplicación en los programas, obras y acciones que le están encomendadas de acuerdo a su objeto".

Esto quiere decir que sí es responsabilidad del Estado sanear las finanzas de Parque Fundidora y no dejar su destino en manos de particulares que buscan, con pretexto de la pandemia, privatizar el ingreso al parque e incluso la construcción de proyectos inmobiliarios en una de las pocas áreas verdes en una ciudad tan necesitada de pulmones dada la pésima calidad del aire... aunque ese ya es otro tema.

“Quédate en casa”



15 DIARIO .COM





Tu **punto** de encuentro.  
Las **mejores historias** de la UANL  
en **un solo lugar.**